

Enseñanza sobre Los doce hechos

(Español)



*Su Santidad el 42do Sakya Trizin,
Ratna Vajra Rinpoche*



The Sakya Tradition Publications

Publicado por “The Sakya Tradition”

<https://sakyatradition.org>

E-mail: info@sakyatradition.org

Wechat ID: sakyatradition

Weibo: sakyatradition

IG: the_sakya_tradition

Facebook: TheSakya

Soundcloud: the-sakya-tradition

<https://www.youtube.com/@latradicionsakya>

Twitter: Sakya_Tradition

Terminantemente No para la Venta, Solo para Distribución Gratuita



Este texto es proporcionado bajo la protección de un Creative Commons CC-BYNC-ND (Atribución-NoComercial-SinDerivadas) 4.0 copyright. Puede ser copiado o impreso para uso legítimo, pero solo con completas atribuciones y no para ventaja económica o compensación personal.

Para más detalles ver la licencia de Creative Commons.

Agradecimientos

El Auspicioso Tendrel de Este Libro

Su Santidad el 42^{do} Sakya Trizin, Ratna Vajra Rinpoche, impartió esta serie de enseñanzas en lengua tibetana por medio de vídeos en la sagrada ocasión de Saga Dawa 2020, conmemorando la vida de Buddha Shakyamuni; su nacimiento, iluminación y parinirvāṇa. Su Santidad dio instrucciones a nuestro equipo de traducir esta enseñanza a múltiples idiomas.

En la auspiciosa ocasión de Saga Dawa 2024, *The Sakya Tradition, Inc*, una organización sin fines de lucro dedicada a preservar y difundir ampliamente las preciosas enseñanzas del Dharma del glorioso linaje Sakya, editó y publicó, tanto en inglés como chino, los textos traducidos desde el tibetano. Además, nuestro equipo tradujo y publicó el texto al español y al portugués. Asimismo, se publicará una versión editada en tibetano de esta enseñanza.

Este trabajo ha sido un gran maṇḍala, un esfuerzo colectivo al que han contribuido muchas personas —monásticos y

estudiantes laicos de todo el mundo— en representación de los seguidores del Buddha dentro de la escuela Sakya, las otras escuelas budistas tibetanas y más. Se trata de una iniciativa no sectaria que nos une a todos como seguidores del Buddha.

Agradecimientos

Este trabajo ha sido patrocinado principalmente por quienes han sido nuestros mecenas por largo tiempo, la familia Chan, junto con generosas donaciones de Anal Sandez Felix, Cheah Poh Kheng, Cheah Poh Kwai, Cheah Poh Peng, Edouard Kuoy, Gerald Keane, Helen Hong, Isabella Fehler, Jozef Wist, Lee Chee Kong, Mai Ruibin, María Julia Silva, Olli Hartikainen y Zeng Zipin.

Extendemos nuestra más sincera gratitud a todos los académicos, profesionales, traductores, editores y al equipo de publicación que ha participado en este proyecto por su dedicación y esfuerzo en la compilación de esta enseñanza. Un agradecimiento especial a Jigme Khyentse Rinpoche, Tulku Pema Wangyal, Khenpo Chenyang, Khenpo Ngawang, Geshe-la, Lama Sonam, Lama Kunga, Ani Tashi, Ani Rigzin; Drupchen, Dani, Marina, Elisa, Ana, Gustavo, and Robert from Dharma Sagar; André, Ana-Paula, Margarida Rocha, and Luciana from Padmakara; John, Jampa, Yangchin, Lhamo, Yuan, Gyatso, Lin, Caroline, Dewayne, Maria da Conceição, Bodhi, Thubten, Li, Yan, Jing, Huang, Anita, Maria Costa, Maria Julia, Cibele, Ricardo, Zhang, Nancy, Javi, Echo, Grace, Alan, Bob, Choden, David, Jessica, Wei, Sun, Hui, Anthony,

Isabella, Wolfgang, Hildegard, Tobias, Martina, Jutta, Nancy, Theamjanya, Thammabut, Wisetchai, Saengwat, Yuan, Loong, Tiffany, Jigme, Carmen, Bogdan y Marian. También hacemos extensivo nuestro agradecimiento a aquellas personas cuyos nombres puedan haber sido omitidos inadvertidamente.

La copia electrónica de este libro está archivada y disponible para su descarga gratuita en la Biblioteca Electrónica de Enseñanzas Sakya, la cual es financiada por la *Sachen Foundation*, la Familia Chan y el Fondo Benéfico de la Familia Yueh.

Dedicación

Que todos los auténticos sostenedores de linaje y maestros budistas, incluyendo a Su Santidad el Sakya Trichen y Sus Santidades los Sakya Trizins, gocen tanto de perfecta salud como de larga vida, y continúen haciendo girar la rueda del Dharma. Que el genuino, puro e ininterrumpido Budadharmá florezca a lo largo y ancho del mundo, perdurando por siempre. Que todos los seres sintientes acumulen rápidamente mérito y sabiduría, alcanzando el completo estado del despertar. Que la paz prevalezca en todas las direcciones. Que todos reciban de esta obra inspiración y beneficio.

Sarvamangalam,

El Equipo de Publicación y la Directiva de *The Sakya Tradition*



REFLEXIONES SOBRE LA VIDA DE BUDDHA SHAKYAMUNI

¿Alguna vez te has preguntado cómo es posible alcanzar la Budeidad, a pesar de saber que todos poseemos la naturaleza de Buddha?

Afortunadamente, Buddha Shakyamuni, una figura histórica, elucidó el camino hacia la iluminación. Toda la historia de su vida, en particular las doce grandes hazañas, arroja luz sobre las dificultades de la vida y la búsqueda del profundo despertar.

La historia del Buddha nos demuestra que es de hecho posible trascender de la existencia ordinaria a la budeidad. Incluso para aquellos que aún no se plantean la búsqueda de la iluminación, cada una de estas hazañas ofrece una invaluable comprensión de la experiencia humana, revelando que su sabiduría no es solo aplicable a la búsqueda espiritual, sino también muy beneficiosa para la vida mundana.

Ojalá encuentres inspiración y fuerzas en la lectura de esta historia intemporal, y te impulse hacia un viaje de autodescubrimiento y crecimiento espiritual.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	1
El primer hecho: descender de Tuṣita	14
El segundo hecho: entrar en el vientre de su madre	23
El tercer hecho: nacer	27
El cuarto hecho: dominar las artes y oficios tradicionales	38
El quinto hecho: disfrutar del ocio con la reina y el séquito	42
El sexto hecho: renunciar al hogar	49
El séptimo hecho: soportar austeridades	55
El octavo hecho: acercarse al asiento del despertar	61
El noveno hecho: conquistar los ejércitos de Māra	66
El décimo hecho: alcanzar el completo despertar	70
El undécimo hecho: hacer girar la rueda del Dharma	78
El duodécimo hecho: la demostración de entrar en el parinirvāṇa	86
Observaciones finales	93
Notas	99
Esquemas Complementarios	103

Introducción

Ahora que entramos en la auspiciosa época de Saga Dawa (Vaiśākha), he pensado en hablar de las cualidades y actividades iluminadas de los inconcebibles secretos del cuerpo, la palabra y la sabiduría de nuestro maestro, el perfecto Buddha.

En primer lugar, como se afirma en el *Sutra del eón afortunado*^[1], los períodos de tiempo en que un buddha aparece en el mundo se los conoce en general como eones de luz. La época presente es uno de esos eones de luz, ya que un buddha ha aparecido efectivamente en el mundo. Además, como se afirma en el *Sutra de los secretos inconcebibles*^[2], aparecerán mil buddhas durante este eón, razón por la cual, entre los eones de luz, se dice que el actual es un eón afortunado.

De los mil buddhas que han de aparecer durante este eón afortunado, Krakucchanda, (*Destructor de la Existencia Cíclica*), Kanakamuni (*Sabio de Oro*) y Kāśyapa (*Protegido por la Luz*),

ya lo han hecho en el pasado. Al maestro de nuestro tiempo, el Bhagavān, el incomparable rey de los Śākyas, se le llama el cuarto guía porque es el cuarto en la sucesión de esos mil buddhas.

Al principio, el cuarto guía, el Bhagavān, era como nosotros. Era una persona corriente que sufría mucho, que cometía actos negativos, que tenía las causas del sufrimiento, así como numerosas emociones aflictivas que lo obligaban a deambular por los tres reinos de la existencia cíclica, al igual que nosotros. Sin embargo, como cuenta Arya Nāgarjuna en su *Elogio a las ocho estupas*^[3]:

*Tú que concebiste primero la mente del supremo despertar,
reuniste las acumulaciones durante tres eones incontables^[4],
y luego venciste a los cuatro maras obstructores^[5],
bendito león, a ti rindo homenaje.*

Así, al principio, generó la mente del supremo despertar. En el medio, reunió las acumulaciones de mérito y sabiduría durante tres eones incontables. Y al final, alcanzó la manifiesta y completa iluminación. En cuanto a cómo generó la mente del supremo despertar, el *Sūtra del eón afortunado* reza:

*Antes, cuando solo era un humilde ser sintiente,
ofrecí una sola porción de comida al Tathāgata Śākyamuni^[6],
y por primera vez concebí la mente del supremo despertar.*

Otras escrituras, tales como el *Sutra de la retribución de la bondad*, el *Sutra de los tres montones*^[7] y el *Sutra del loto blanco compasivo*^[8] mencionan otras formas de concebir la mente del supremo despertar, que son las diferentes maneras en las que él generó la mente del perfecto despertar durante sus diversas vidas anteriores. Después, en cuanto a cómo reunió las acumulaciones durante tres eones incontables, solemos recitar lo siguiente:

*Que por este mérito podamos perfeccionar rápidamente
las acumulaciones de mérito y sabiduría,
y podamos lograr los dos cuerpos supremos,
nacidos del mérito y de la sabiduría.*

Por lo tanto, se ha de acumular mérito y sabiduría. La acumulación de mérito consiste en acciones como practicar la generosidad, mantener la disciplina ética y cultivar la paciencia. Del mismo modo, consiste en ofrecer postraciones

y circunvalaciones con el cuerpo, en tomar refugio y en recitar mantras *mani* con la palabra, y en generar fe y confianza en nuestros gurus y en las Tres Joyas con la mente. Junto a estas, y de acuerdo con los cuatro inconmensurables, principalmente mediante el amor^[9] y la compasión inconmensurables, y con la intención de beneficiar a todos los seres sintientes, la acumulación de mérito incluye actividades tales como ayudar a los pobres y a los desamparados, y lograr el bienestar de los demás en la medida de lo posible.

La acumulación de sabiduría, por otra parte, se dice que es la experiencia práctica de la naturaleza inconfundible de los fenómenos, el significado de la vacuidad, que se logra mediante la escucha, la contemplación y la meditación. Así pues, existen las dos acumulaciones: de mérito y de sabiduría. En cuanto al resultado, la budeidad manifiesta y perfecta es la liberación de todos los defectos y la posesión de todas las cualidades, el resultado último de haber perfeccionado las dos acumulaciones de mérito y sabiduría durante esos tres eones incontables. Sencillamente, es el nivel de la completa budeidad, que no tiene defecto alguno y posee todas las cualidades.

Entonces, ¿por qué el Bhagavān, el Buddha perfecto, nuestro actual cuarto guía, apareció en el mundo humano en el tiempo

presente? La razón es que en el pasado, mientras cultivaba el camino del adiestramiento, prometió renacer en el mundo humano por el bien de los futuros seres sintientes que tendrían vidas cortas y estarían llenos de pensamientos conceptuales, tales como las emociones negativas del apego y la aversión. Sus mentes serían difíciles de domar. Vivirían en una época de epidemias, hambrunas y conflictos. Mantendrían multitud de puntos de vista erróneos y serían escasos los puntos de vista carentes de errores. De acuerdo con sus votos de aparecer en un momento así, nuestro guía, el cuarto guía, vino a este mundo durante los tiempos actuales de conflicto, cuando la esperanza de la vida humana es de cien años.

En un sentido general, la palabra sánscrita *buddha* y la tibetana *sang-gye* tienen el mismo significado. Cuando el maestro Candrakīrti explica la palabra *buddha* o *sang-gye* en su comentario de su propio texto, la *Introducción al camino medio*^[10], afirma que se aplica a los oyentes (śrāvakas), a los realizadores solitarios (pratyekabuddhas) y a los insuperables, completos y perfectos buddhas. Por lo tanto, se entiende que los términos *buddha* y *sang-gye* se refieren a los arhats śrāvakas y a los arhats pratyekabuddhas, así como a los buddhas completos. Es más, el significado de la palabra tibetana *sang-gye* se explica como sigue:

*Habiendo purificado (sang) el sueño de la ignorancia
y desarrollado (gye) la inteligencia de los campos del
conocimiento,
un buddha se purifica y se desarrolla como un loto.
Por ello, se le conoce como sang-gye.*

Se hace referencia a los buddhas con esa palabra porque han purificado (*sang*) el sueño de la ignorancia y han desarrollado (*gye*) la inteligencia en todos los ámbitos del conocimiento. La expresión tibetana «eliminar (*sang*) la tristeza» describe el mismo proceso. Puesto que un buddha ha abandonado o purificado (*sang*) todos los defectos del sufrimiento, las acciones negativas, los velos de las emociones aflictivas y los velos cognitivos, la palabra *sang* (purificar) forma parte de la palabra que los describe. Por otra parte, el término «desarrollado» (*gye*) significa haber mejorado (*yar gye*), en el sentido de que un buddha completo es alguien que ha alcanzado el punto definitivo de perfeccionamiento.

Para los arhats *śrāvakas* y *pratyekabuddhas*, *desarrollado (gye)* se emplea en el sentido de haber logrado el punto definitivo de perfeccionamiento según sus enseñanzas particulares. En cuanto a los buddhas, puesto que la budeidad perfecta constituye el punto definitivo de desarrollo, el término

desarrollado se aplica a ellos en su sentido más pleno. En cualquier caso, aunque la expresión *el despierto (buddha, sang-ge)* se aplique a los tres, es decir, a śrāvakas, pratyekabuddhas y buddhas, cuando se trata de *buddhas perfectos*, debe entenderse que nos estamos refiriendo a la budeidad perfecta que es el resultado de haber completado las acumulaciones a lo largo de tres eones incontables, como se afirma en la tradición de enseñanza budista sánscrita -independientemente de si son buddhas perfectos como se describe en el Pāramitāyāna o en el Vajrayāna.

Se puede distinguir a los buddhas perfectos de varias maneras por medio de sus cuerpos (*kāyas*), pero en la circunstancia actual, hablaremos de los tres kāyas, que son el *dharmakāya*, el *sambhogakāya* y el *nirmanakāya*. El dharmakāya es el conocimiento de la mente de un buddha, es decir, la sabiduría de un buddha que es la sabiduría última, el conocimiento último. El sambhogakāya es la sabiduría última de la manifestación de un buddha en forma corpórea. Posee las treinta y dos marcas mayores y las ochenta menores^[11]. Otorga incesante y permanentemente enseñanzas solo relativas al Mahāyāna a un séquito de sublimes bodhisattvas y grandes seres nobles, mientras mora siempre en el reino Akaniṣṭha Profusamente Adornado^[12]. Por último, el nirmanakāya es la emanación de un buddha que adopta diversos aspectos

en beneficio de innumerables seres sintientes que serán así domados, manifestándose en cualquier forma que corresponda a los deseos de dichos seres. Existen diferentes tipos de nirmanakāya, de los cuales nuestro cuarto guía Śākyamuni, es un *nirmanakāya supremo*.

Se puede mencionar una pequeña porción de las infinitas cualidades del Buddha Bhagavān nombrando las cualidades de su cuerpo, las de su habla y las de su mente. Por nombrar algunas de las cualidades de su cuerpo, nuestro maestro el Bhagavān puede beneficiar a los seres sintientes manifestando, en un solo momento, numerosas formas corporales a muchos seres diferentes para ser domados en distintos lugares. Otro ejemplo es cómo el bodhisattva Vegadhāra se elevó en el aire cada vez más alto para ver el extremo superior de la protuberancia de la coronilla del Buddha. Llegó a la cima del Monte Meru, luego al cielo de los Treinta y Tres, y aún así no lo pudo ver. Tales son las inconcebibles cualidades del cuerpo de Buddha.

En cuanto a las cualidades del habla de Buddha, se dice:

Cuando expresa una sola máxima,

se oye de multitud de formas, cada una a su manera.

Un solo enunciado del Buddha es capaz de expresar el Dharma según la disposición, el deseo, la intención y el idioma de cada discípulo. Además, cada enunciado se oye como el Dharma que quiere oír cada ser que se ha de domar: quienes deseen oír sobre el refugio, oirán una enseñanza sobre el refugio; quienes deseen enseñanzas sobre la bodhicitta, oirán enseñanzas sobre la bodhicitta; quienes deseen enseñanzas sobre el amor, oirán enseñanzas sobre el amor; y quienes deseen enseñanzas sobre la compasión, oirán enseñanzas sobre la compasión. No solo cada ser sintiente oirá las enseñanzas que desee recibir, sino que también lo hará en su propio idioma. Estas son las inconcebibles cualidades del habla del Buddha.

Continuando con las cualidades de la mente despierta del Buddha, él posee la sabiduría última que conoce la naturaleza de la realidad tal como es y la sabiduría última que percibe todo lo que existe. Como ejemplo, el Bhagavān comprende el funcionamiento de la ley de causa y efecto con todo detalle. En cuanto a nosotros, los seres corrientes, meramente entendemos el karma de causa y efecto de una manera burda, en el sentido de saber que las semillas plantadas en la tierra darán lugar a cosechas o que una semilla resultará en una flor después de ser plantada. Solo somos capaces de comprender la ley de causa y efecto a grandes rasgos.

Sin embargo, somos incapaces de conocer todos los aspectos sutiles de la causalidad. No podemos explicar por qué ciertas frutas, como las manzanas, son a veces rojas y a veces verdes. No conocemos la razón específica por la que una manzana es roja, ni la razón específica por la que es verde, y no sabemos por qué unas son dulces y otras, ácidas. Somos incapaces de justificar esas diferencias. El Bhagavān en cambio, comprende perfectamente la sutil ley de la causalidad, incluso en esos casos.

Además, al considerar nuestra propia vida, no conocemos las circunstancias de nuestra vida anterior, ni mucho menos en qué tipo de familias hemos nacido en incontables vidas anteriores o qué suerte de cosas hicimos. Tampoco sabemos en qué tipo de familia naceremos durante infinitas vidas en el futuro, qué clase de acciones emprenderemos y qué tipo de felicidad y sufrimiento experimentaremos. El Buddha, sin embargo, posee una sabiduría que tiene un conocimiento claro y completo de todo ello en gran detalle. Esto ejemplifica las cualidades del maestro Bhagavān. Cualidades como estas son solo un indicio de la infinita cantidad de cualidades que posee.

En la *Introducción al Camino Medio*^[13], el maestro Candrakīrti afirma:

*No es debido a la falta de espacio por lo que un pájaro en vuelo
regresa,*

sino más bien a causa de la capacidad limitada del pájaro.

Del mismo modo, los discípulos del Buddha y los bodhisattvas

*no pueden expresar sus infinitas cualidades, que son como el
espacio mismo, por lo que se detienen.*

Como se suele decir, cuando un pájaro vuela hacia el cielo sin límites, es solo cuestión de tiempo que regrese a la tierra o se pose en un árbol. La razón por la que se posa no es porque le falte espacio para volar ni porque haya alcanzado los límites del espacio. Más bien se debe a que el propio pájaro ha agotado su capacidad para seguir volando. Así, el pájaro acaba aterrizando y se posa en lo alto de un árbol o de una casa. Del mismo modo, cuando las personas corrientes como nosotros intentan describir las cualidades de los buddhas, tenemos que detenernos en algún momento. No porque nos hayamos quedado sin cualidades o actividades que describir, sino porque somos incapaces de describir en mayor medida las inconcebibles cualidades del Buddha. En otras palabras, las cualidades del Buddha son inconmensurables, ilimitadas e inconcebibles.

Por lo general, las enseñanzas budistas se dividen en dos tradiciones principales: la sánscrita y la pali. Las posiciones

filosóficas de cada una de ellas difieren en ocasiones. Por ejemplo, tienen posturas diferentes en cuanto a reconocer a nuestro maestro, el cuarto guía Śākyamuni, como un *nirmāṇakāya*. Además, tienen diversas maneras de describir sus actos. Esta vez, basándome en las inconcebibles cualidades del cuerpo, la palabra y la mente del Bhagavān, y en la infinidad de sus actos, describiré brevemente los más importantes siguiendo la forma en que se relatan en la tradición sánscrita

Siguiendo el sutra *La vasta exhibición*^[14], describiré de forma sucinta los doce hechos que son: (1) descender de Tuṣita, (2) entrar en el vientre de la madre, (3) nacer, (4) dominar las artes y oficios tradicionales, (5) disfrutar del ocio con la reina y el séquito, (6) renunciar al hogar, (7) soportar austeridades, (8) acercarse al asiento del despertar, (9) conquistar los ejércitos de Māra, (10) alcanzar el completo despertar, (11) hacer girar la rueda del Dharma, y (12) la demostración física de entrar en el parinirvāṇa^[15]. Como dice el venerable Protector Maitreya en el *Tratado del insuperable continuo*^[16]:

Después de adoptar un renacimiento celestial,

de descender de Tuṣita,

de entrar en el vientre y nacer,

de dominar las artes y oficios tradicionales,

*de disfrutar del ocio con la reina y el séquito,
de renunciar al hogar y soportar austeridades,
de acercarse al asiento del despertar,
de conquistar los ejércitos de Māra, de alcanzar el completo
despertar,
de hacer girar la rueda del Dharma,
y de entrar en el parinirvāṇa:
tales son los hechos que muestra en los reinos impuros
mientras dure el ciclo de la existencia.*



El primer hecho: descender de Tuṣita

El primer hecho: descender de Tuṣita

Como reza el *Elogio a los doce hechos*^[17] del Victorioso:

El domador de dioses, sabiendo que había llegado el momento de domar a los humanos...

Nuestro maestro Śākyamuni moraba en el cielo de Tuṣita antes de aparecer en el reino humano. Para ubicar Tuṣita, hablamos de tres reinos dentro de la existencia cíclica: el del deseo, el de la forma y el sin forma. Al saṃsāra, que contiene estos tres reinos, se le conoce como la «existencia cíclica de los tres reinos». En cada uno viven diferentes clases de dioses. En el reino del deseo, hay seis tipos; en el de la forma, diecisiete y en el sin forma hay cuatro. Además de los seis tipos de dioses, en el reino del deseo hay otras clases de dioses mundanos.

Los dioses de Tuṣita son uno de esos seis tipos de dioses del reino del deseo. Antes de entrar en el reino humano, nuestro maestro Bhagavān moraba en el cielo de Tuṣita como el

dios llamado Śvetaketu, que significa Noble Cima Blanca. En una ocasión en que enseñaba el Dharma a una asamblea inconmensurable de dioses de dicho cielo, se despertó la memoria de sus aspiraciones y plegarias anteriores. Los instrumentos que producían ofrendas de música emitieron la siguiente exhortación: «El buddha del pasado, Dīpaṃkara, había profetizado que deberías ir al reino humano. Por favor, recuérdalo».

En aquella época, el bodhisattva se alojaba en una mansión celestial de Tuṣita conocida como Prominencia del Dharma. Predicó el Dharma mientras vivía allí, en presencia de un gran séquito de dioses que sumaban seiscientos ochenta millones, todos sentados en sus tronos en esa misma mansión. El bodhisattva Śvetaketu les anunció: «Dentro de doce años, entraré en el vientre de mi madre, en el reino humano». Entonces algunos dioses de Tuṣita fueron al mundo humano e hicieron la siguiente petición a los pratyekabuddhas: «Dentro de doce años humanos, el bodhisattva entrará en el vientre de su madre. Por favor, abandonad este campo búdico». Les instaron a no permanecer en ese campo búdico, sino que fueran a otro reino humano o a otro lugar porque los pratyekabuddhas no suelen quedarse en el mismo lugar en el que vive un buddha. Así pues, dado que debían marcharse, se formuló la petición de

que se dirigieran a otro lugar. El sonido de dicha petición llegó a un pratyekabuddha llamado Elefante que vivía en una montaña llamada Monte Golāṅgularivartana, cerca de la ciudad de *Rājagrha*. En cuanto se enteró de la petición, o poco después, se elevó a una altura de siete palmeras, lo que equivale a unos diez o quince pisos. Se alzó en el aire y entró en la absorción meditativa del elemento fuego y, como una lámpara que se apaga, entró en el nirvāṇa^[18].

Durante ese tiempo, había quinientos pratyekabuddhas en la región de Vārāṇasī. Cuando oyeron la petición, ellos también se elevaron diez o quince pisos en el aire y, al entrar en absorción meditativa del elemento fuego, sus cuerpos estallaron en llamas, haciendo caer reliquias de sus restos mortales. Así pues, Vārāṇasī pasó a ser conocida como *Ṛṣipātana*, *Los Sabios Caídos*, el lugar donde sus reliquias físicas cayeron al suelo. Además, como había muchos ciervos cuyas vidas estaban protegidas en Vārāṇasī, también se conocía como *Mṛigadāva*, *Parque de los Ciervos*. Estas anécdotas explican cómo se dieron esos dos otros nombres a Vārāṇasī.

El bodhisattva Śvetaketu se fijó en cuatro consideraciones antes de viajar al reino humano. Las descripciones habituales cuentan cinco consideraciones, pero en *La vasta exhibición* solo se

mencionan cuatro. Efectivamente, no hay contradicción porque las consideraciones principales son cuatro: la del tiempo, la del continente, la de la región y la de la casta. El tiempo que se consideró es la edad de los conflictos en la que la esperanza de vida es de cien años. El continente es el del sur, Jambudvīpa. La región es la de la ciudad de Kapilavastu. Por último, la consideración de la casta se divide en la casta real del padre y la de la madre. Así, cuando se cuentan por separado, llegamos a las cinco consideraciones de esas otras fuentes. ¿Cómo se eligió la casta real de su padre? Porque dicha casta era, según todos los indicios, noble y reconocida por todos, dotada de disciplina y sabiduría y de las sesenta y cuatro cualidades. Luego eligió a su madre, Ilusión Amada de los Dioses (Māyādevakanta), o Māyādevī (Diosa Ilusión), porque poseía las treinta y dos cualidades, como provenir de una familia distinguida, ser hermosa, sonriente, reservada, pacífica, disciplinada, culta y honesta.

El bodhisattva llamó entonces a su gran séquito de dioses de Tuṣita y dijo: «¡Amigos! Escuchad estas puertas de entrada a la luz del Dharma que os deleitan. Debo enseñar estas ciento ocho puertas de entrada a la luz del Dharma al séquito de dioses antes de mi fallecimiento». Así pues, impartió enseñanzas sobre dichas puertas, que son ciento ocho puntos importantes o ciento ocho temas diferentes.

Para dar una idea de lo que son: la perfección de la generosidad es una de esas puertas de entrada a la luz del Dharma, ya que conduce a marcas y señales sublimes, a la pureza completa de los reinos búdicos y a la maduración completa de los seres sintientes que son codiciosos. Del mismo modo, la perfección de la disciplina es una puerta de entrada a la luz del Dharma, ya que permite trascender todos los estados restringidos e inferiores de la existencia y madurar a los seres sintientes con una disciplina laxa. La perfección de la paciencia es una puerta de entrada a la luz del Dharma mediante la cual se pueden abandonar la malicia, la agresión, la ira, el orgullo, la arrogancia y la altanería, y hacer que maduren aquellos seres sintientes que albergan malicia. Del mismo modo, la perfección de la diligencia es una puerta de entrada a la luz del Dharma que permite practicar todos los intentos de virtud y hacer madurar a aquellos seres sintientes que son perezosos. La perfección de la concentración es una puerta de entrada a la luz del Dharma, ya que nos permite generar todos los estados de absorción y la percepción superior, y madurar a los seres sintientes que están distraídos. Del mismo modo, la perfección de la sabiduría es una puerta de entrada a la luz del Dharma, ya que nos permite abandonar la oscura niebla de la ignorancia y la estupidez, dejar atrás los puntos de vista basados en la imputación, los puntos de vista que se aferran a las características y los puntos de vista

incorrectos, y hace posible madurar a los seres sintientes con conocimientos erróneos.

En resumen, mientras enseñaba esas ciento ochenta y cuatro mil de su séquito concibieron la mente suprema para despertar a la completa y perfecta iluminación. Además, treinta y dos mil dioses alcanzaron la aceptación del no surgimiento de los fenómenos. Estas fueron las excelentes experiencias y realizaciones que obtuvieron los dioses.

Para contextualizar un poco lo que esto significa, el budismo habla de cinco caminos: los de la acumulación, la unión, la visión, la meditación y el de no más aprendizaje. Los dos primeros se sitúan en el nivel de los seres corrientes; el tercero y el cuarto, en el de los bodhisattvas sublimes, y el quinto es la etapa de la budeidad. La aceptación del no surgimiento de los fenómenos se alcanza en el nivel de los seres corrientes. Sin embargo, a diferencia de nosotros, los seres corrientes que alcanzan tales excelentes experiencias y realizaciones han llegado a una etapa avanzada de realización. En cualquier caso, treinta y dos mil seres del séquito de los dioses lograron la aceptación del no surgimiento de los fenómenos, y se dice que

trescientos sesenta millones del séquito obtuvieron los «ojos del Dharma libres de polvo, no contaminados y perfectamente puros». En otras palabras, trescientos sesenta millones de seres llegaron al camino de la visión.

Entonces, el bodhisattva, que tenía la apariencia del dios Śvetaketu, declaró a su séquito: «Yo, el bodhisattva, iré ahora a Jambudvīpa. En el pasado, cuando practicaba la conducta de los bodhisattvas, ya había recibido como huéspedes a todos los seres sintientes mediante los cuatro medios de reunir discípulos.» Dichos medios son la generosidad, la palabra agradable, las actividades beneficiosas y practicar lo que uno enseña. «Así que ahora», continuó, «si me quedara sin lograr la budeidad, no sería correcto ni apropiado. Por lo tanto, debo partir al reino humano.» En ese momento, los dioses y diosas de Tuṣita comenzaron a llorar. Agarrando los dos pies del dios Śvetaketu, lo miraron y dijeron: «Si un ser sublime como tú ya no vive aquí, entonces este lugar, Tuṣita, se volverá poco atractivo y desagradable. El cielo Dotado de Alegría (Tuṣita) dejará de ser un lugar donde uno desearía residir, se tornará poco agradable.» El dios Śvetaketu respondió: «El bodhisattva, el Protector Maitreya, me sustituirá enseñándoos el Dharma». Entonces, el bodhisattva Śvetaketu tomó su diadema y la colocó sobre la cabeza del Protector Maitreya, diciendo: «Tú, virtuoso,

despertarás a la budeidad perfecta y completa después de mí.»
Otorgando tal profecía, entronizó al Protector Maitreya como su regente, como aquel que enseñaría el Dharma a los dioses de Tuṣita. Tal fue el acto de entronizar al regente.



El segundo hecho: entrar en el vientre de su madre

El segundo hecho: entrar en el vientre de su madre

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

Descendiendo del reino de los dioses

y viajando como un elefante,

consideraste el linaje real,

y entrando en el vientre de Māyādevī,

a ti rindo homenaje.

Por consiguiente, mientras aún residía en Tuṣita, el bodhisattva, el dios Śvetaketu, consideró la majestuosa morada del rey Śuddhodana en el mundo humano, con sus hermosos jardines circundantes, alcobas, y demás. También observó los encantadores bosques adyacentes y los bellos jardines de recreo. Habían crecido muchas plantas y frutas diferentes en ese momento, y las flores estaban en plena floración. Estos y otros signos se produjeron antes del nacimiento del príncipe

Siddhārtha. Más adelante, la primavera fue llegando poco a poco. Era el último mes de la estación, cuando la constelación de Saga aparecía en el cielo y las hojas de los árboles habían alcanzado su tamaño completo. La temperatura no era ni cálida ni fría, sino más bien agradable. No había polvo en el suelo, y la hierba de un verde vivo crecía en abundancia sobre la tierra. Fue en esta época cuando el señor de los tres reinos, el Buddha, vino al mundo humano.

Observando que era un período especial para el culto entre la gente del mundo, durante el tiempo de luna llena y cuando la estrella Victoria estaba en el cielo, su madre Māyādevakanta tomó los votos laicos *poṣadha* (sojong). En ese momento, el bodhisattva, el dios Śvetaketu, abandonó el reino de Tuṣita en forma de elefante con seis colmillos. Un elefante no suele ser de color blanco, pero a diferencia de los elefantes comunes, este sí lo era. Normalmente solo tienen dos colmillos, pero este era diferente, ya que tenía seis. Este elefante blanco de seis colmillos, dotado de las características de la perfección, completo en todos los aspectos físicos y con facultades sensoriales perfectas, se introdujo por el lado derecho del cuerpo de la madre.

En aquel momento, Māyādevī soñó que un elefante plateado con seis colmillos y un agradable andar entraba en su cuerpo.

Experimentó un placer físico asombroso, como nunca antes había sentido. Era un estado de gran dicha similar al del equilibrio meditativo. Cuando despertó, le contó su sueño al padre, el rey Śuddhodana. El rey acudió a sus adivinos y les preguntó qué podían significar tales signos e indicaciones en un sueño. Le respondieron que, en el futuro, nacería un hijo con las treinta y dos marcas mayores de un gran ser. El rey se sintió sumamente complacido y recompensó a quienes interpretaron el sueño.

La madre Māyādevakānta fue trasladada a los jardines del palacio y rodeada de lujos y comodidades personales. No sintió incomodidad ni preocupación alguna mientras permaneció allí, y se encontraba en un estado de gran felicidad y dicha, al igual que los dioses y diosas de los cielos. Mientras se hallaba en ese estado gozoso, beneficiaba a los seres sintientes. Daba comida y ropa, mantas y alojamiento a los necesitados, y caballos a quienes requerían de un corcel. En resumen, pasaba su tiempo satisfaciendo alegremente los deseos y necesidades de los seres sintientes, dándoles todo lo que anhelaban y practicando la generosidad según sus deseos.



El tercer hecho: nacer

El tercer hecho: nacer

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

Después de diez meses, el hijo del rey Śākya

nació en la auspiciosa arboleda de Lumbinī.

A aquel ante quien Brahmā y Śakra se inclinaron,

a aquel cuyo nombre es supremo y que, sin duda, pertenece al linaje del despertar, rindo homenaje.

Así pues, tras haber pasado diez meses en el vientre de su madre, llegó el momento de que el bodhisattva naciera como príncipe. Todas las flores florecían en los jardines del rey Śuddhodana: lotos azules y blancos y nenúfares se abrían en los estanques y alrededor habían aparecido ocho árboles preciosos. Un cachorro de león de las nieves también había bajado de las cumbres nevadas y paseaba jugueteando por Kapilavastu. Aun cuando el cachorro se encontraba a la puerta de la gente, no hacía daño a nadie. Del mismo modo, en el bosque de

árboles sāla, se veía a los dioses de los árboles mostrando la mitad superior de su cuerpo sobre las copas de los árboles y postrándose. Se produjeron muchos de estos maravillosos presagios e indicaciones.

Cuando Māyādevī, o Mayadevakanta, se dio cuenta de que había llegado el momento de que naciera el bodhisattva, se presentó ante el rey Śuddhodana, diciéndole: «Expresaré lo que estoy pensando. Oh, rey, ¡escúchame, por favor! Pronto iré a los agradables parques donde florecen todas las flores de los árboles sāla, donde cantan los cuclillos y resuena por todo el bosque el sonido agradable de los pavos reales. Por favor, ¡dame permiso!» El rey estaba realmente encantado y ordenó a sus sirvientes que decorasen la arboleda de Lumbinī con gemas preciosas y cubrieran los árboles con telas rojas. Les dijo que Lumbinī debía revestirse de flores y que debían crear muchos arreglos florales. Cuando se hubieran terminado todos los preparativos, debían informarle. Así pues, siguiendo la orden del rey, adornaron las monturas y Lumbinī a la perfección con muchos tipos diferentes de flores, y le informaron.

Entonces, rodeada de numerosos carruajes de caballos y de elefantes repletos de adornos, Māyādevī viajó hasta allí acompañada de «una escolta de hombres valientes, hábiles en la doma, dotados de nobles extremidades y perfectamente

equipados con armaduras». Esto significa que iba escoltada por guardias valerosos, fuertes y que llevaban bien puesta su armadura. Muchas jóvenes del clan Śākya caminaban delante de ella, así como numerosos parientes del rey Śuddhodana -viejos, jóvenes y de mediana edad- que venían y la protegían. También la acompañaban doncellas devas, kiṃnaras, gandharvas, nāgas y semidiosas. Sin embargo, no vestían atuendos cotidianos; todas iban ataviadas con sus mejores galas y adornadas con joyas. Cantaban canciones, bailaban y entonaban alabanzas con acompañamiento musical. Fueron al encuentro de Māyādevī y la siguieron. Además, el bosque de Lumbini estaba «ungido con agua perfumada»: se había esparcido por el suelo agua perfumada, así como una gran cantidad de flores divinas.

Cuando Māyādevī llegó al bosque de Lumbinī y bajó del carruaje, los guardias antes mencionados, las doncellas śākya, diosas, nāgas y los demás la circunvalaron numerosas veces. Juntos, anduvieron y buscaron un buen lugar en el bosque y en la base de muchos árboles. Encontraron un árbol muy especial y precioso, de ramas anchas y hojas de un color excelente. En él había crecido un gran número de flores de los reinos humano y divino. Este árbol plakṣa brillaba radiante, centelleaba como una joya preciosa y era liso como la palma de la mano. Y así se dirigieron al pie de dicho árbol grande y excelente. Debido a la majestuosa presencia y al poder del bodhisattva, el árbol

plakṣa se inclinó completamente en homenaje frente a la madre Māyādevī. Ella extendió la mano derecha hacia el árbol plakṣa y se agarró a una rama y, en ese mismo instante, nació el joven príncipe. Muchas doncellas diosas del reino del deseo se acercaron para asistir y venerar a Māyādevī. Entonces Śakra, el rey de los dioses, y Brahmā, el señor del universo Sahā, acudieron a saludar a la madre y colocaron al bodhisattva, el joven príncipe, sobre una seda divina. En ese momento, los dos reyes nāga, Nanda y Upananda, manifestaron la mitad de su cuerpo en el espacio que había frente a ellos e hicieron surgir corrientes de agua fresca y templada, con las que bañaron al joven príncipe.

En aquel momento, el gran bodhisattva vio que no había nadie más grande que él en todo ese gran triquilocosmos^[19]. Entonces, el bodhisattva, el joven príncipe, con una completa intrepidez, sin vacilar, sin ansiedad, imperturbable y sin acobardarse, así habló: «Me adelantaré a lo que nadie ha enseñado, a todas las raíces de virtud de los bodhisattvas», lo que significaba que practicaría un Dharma que nadie más había encontrado y que alcanzaría el nivel de la budeidad. A continuación, dio siete pasos en cada una de las cuatro direcciones. En el sūtra *El encuentro del padre y el hijo*^[20], se dice que una flor de loto brotó en las cuatro direcciones en cada lugar donde dio un paso. Al verlo, su padre, el rey Śuddhodana, ofreció el siguiente

elogio a su hijo:

Cuando tú, el mejor de los seres bípedos, naciste,

diste siete pasos sobre esta gran tierra,

diciendo «Soy supremo en este mundo».

A ti que ya eras sabio, ¡rindo homenaje!

Dio siete pasos en cada una de las cuatro direcciones y proclamó sin miedo: «Este es mi último renacimiento. Erradicaré el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte». Como posteriormente alcanzaría la budeidad, afirmó que esa sería su última demostración de nacimiento, vejez, enfermedad y muerte. Por aquel entonces, las flores se abrieron en los árboles de cada universo y se formaron excelentes frutos en todo el gran triquilocosmos. Los avaros se liberaron de la avaricia, los seres que sufrían enfermedades, de sus enfermedades, y los que padecían hambre y sed, del hambre y la sed. Además, los locos recobraron la cordura, los ciegos pudieron ver y los sordos, oír. Los indigentes adquirieron riqueza y los encarcelados fueron puestos en libertad. Los seres infernales de los infiernos como el Avīci fueron liberados de su sufrimiento. Tales fueron los excelentes presagios e indicaciones que se produjeron.

Cuando nació el bodhisattva, también nacieron al mismo tiempo quinientos niños de familias nobles. Asimismo, nacieron diez mil niñas, entre ellas, Yaśovatī, así como ochocientas sirvientas y quinientos sirvientes, entre ellos, Chanda. De igual modo, nacieron diez mil yeguas y diez mil potros, entre ellos, Kaṅṭhaka. Además, brotaron quinientos parques nuevos y cinco mil tesoros se hicieron visibles al surgir de la tierra. Estos fueron otros presagios e indicaciones que tuvieron lugar.

Así se cumplieron a la perfección todas las intenciones del rey Śuddhodana. Más tarde, cuando se preguntó qué nombre ponerle al joven príncipe, recordó que justo después de nacer el bodhisattva, todos sus propósitos se habían cumplido. Por esa razón, pensó en darle el nombre de Sarvārthasiddha, Cumplidor de Todos los Propósitos. El rey Śuddhodana organizó entonces una gran ceremonia para el nombramiento y lo llamó Príncipe Cumplidor de Todos los Propósitos. Luego se acordó a Cumplidor de Propósitos o Siddhārtha, en sánscrito.

Todos los sabios externalistas^[21] de Jambudvīpa que poseían las cinco habilidades extraordinarias vinieron volando por el cielo y llegaron ante el rey Śuddhodana. Expresaron sus deseos y exclamaron, «¡Prosperidad para el rey!» Durante los siete días siguientes al nacimiento del príncipe Siddhārtha, lo honraron con música celestial y humana, respetaron y veneraron en la

arboleda de Lumbinī. Del mismo modo, multitud de dioses se reunieron y expresaron su deleite. Al cabo de siete días, su madre Māyādevī falleció y renació en el Cielo de los Treinta y Tres. Poco tiempo después, los ancianos del clan Śākya se reunieron para discutir, de entre sus mujeres, quién sería capaz de cuidar del príncipe Siddhārtha que acababa de nacer. Quién lo cuidaría y protegería. En aquel momento, quinientas mujeres śākya se presentaron y cada una afirmó que sería capaz de hacerlo, pero los ancianos del clan Śākya consideraron que, dado que esas mujeres eran jóvenes impetuosas, vanidosas y orgullosas, serían incapaces de cuidar al bodhisattva y de sus necesidades. Sin embargo, también estaba Mahāprajāpatī, la hermana de Māyādevī, que era otra de las consortes del rey. Ella les anunció: «Yo lo haré. Ya lo he estado haciendo y lo seguiré haciendo». Se asignaron entonces treinta y dos niñeras al servicio del príncipe.

En aquel tiempo, un gran sabio llamado Asita, que poseía los cinco poderes extraordinarios, residía en las laderas de Himavat con el hijo de su hermana, Naradatta. Cuando nació Siddhārtha, fueron testigos de un gran número de espectáculos milagrosos impresionantes en el cielo. Al verlo, el rishi Asita utilizó su ojo divino para mirar el mundo de Jambudvīpa y, al hacerlo, vio que el rey Śuddhodana había tenido un hijo, un príncipe, en Kapilavastu y había sido dotado con el brillo del mérito, era

adorado por todo el mundo y estaba adornado con las treinta y dos marcas de un gran ser. Dijo a su sobrino Naradatta: «Un joven príncipe con las treinta y dos marcas ha nacido en Kapilavastu, la gran ciudad de los Śākyas, en la casa del rey Śuddhodana. Si ese joven príncipe permanece en su palacio, se convertirá en un monarca universal. Si abandona el hogar y se hace renunciante, se volverá despierto». Más tarde decidieron partir hacia Kapilavastu para encontrarse con el príncipe. Como reyes de los cisnes, Asita y Naradatta surcaron el cielo de Kapilavastu empleando sus poderes mágicos. Se acercaron a las puertas del palacio del rey Śuddhodana de Kapilavastu y Asita dijo al portero: «Me gustaría conocer al rey. Por favor, infórmale», quien se lo comunicó al rey tal y como Asita le había pedido, y el rey hizo entrar al gran sabio.

El sabio Asita se acercó al rey y le ofreció buenos deseos tales como, «¡Gran rey, que viváis largo tiempo! ¡Que gobernéis de acuerdo con el Dharma!» El rey le dio la bienvenida, le hizo ofrendas y lo invitó a sentarse. A continuación, se dirigió a él con respeto: «¿Por qué habéis venido aquí?» El sabio Asita respondió: «Gran rey, habéis tenido un hijo. Hemos venido a conocerlo». «El príncipe Siddhārtha está durmiendo la siesta en este momento», indicó el rey, «Por favor, esperad un rato hasta que se despierte». El sabio contestó: «Un gran ser como él no duerme mucho tiempo». Entonces, por su afecto al

sabio Asita, el príncipe Siddhārtha dio muestras de haberse despertado. El rey levantó al príncipe con ambas manos y se lo presentó al sabio. En ese momento, este vio que el príncipe estaba maravillosamente adornado con las treinta y dos marcas mayores y las ochenta menores de un gran ser y que era más de mil veces más esplendoroso que Brahmā, Śakra y los guardianes del mundo. El gran sabio expresó su asombro exclamando: «¡Oh! ¡Ha nacido en este mundo un ser tan asombroso!» Levantándose de su asiento, juntó las manos, se inclinó en homenaje a los pies del príncipe Siddhārtha y lo circunvaló tres veces.

Mientras el gran sabio Asita sostenía al bodhisattva Siddhārtha en su regazo, pudo ver con claridad las treinta y dos marcas que lo adornaban. Sintió una mezcla de alegría y tristeza y las lágrimas corrieron por su rostro. Al darse cuenta, el rey preguntó: «¿Qué ocurre? ¿Le va a pasar alguna desgracia al príncipe?» El gran sabio explicó que lloraba por sí mismo y no porque hubiera visto algo no virtuoso o poco propicio o algún defecto en el príncipe. El gran sabio Asita añadió que lloraba porque ya estaba avanzado en años y pronto moriría y, sin embargo el príncipe Siddhārtha manifestaría con absoluta certeza la budeidad insuperable, perfecta y completa. Entonces, habiendo alcanzado la budeidad en beneficio del mundo y sus dioses, enseñaría el excelente Dharma, el auténtico Dharma que

es virtuoso al principio, virtuoso en el medio y virtuoso al final, el que tiene un significado excelente, palabras excelentes, no es confuso y es completo, del todo puro y perfecto. No obstante, el gran sabio Asita no podría reunirse con el Buddha, puesto que ya era bastante anciano, por lo que lloró. Se lo explicó al rey, y entonces el gran sabio pronunció la siguiente profecía: «¡Gran rey! Las treinta y dos marcas mayores y ochenta menores que luce el príncipe significan que no permanecerá en palacio. Con toda seguridad abandonará el hogar y alcanzará la budeidad completa». Tras oírlo, el rey Śuddhodana agasajó al gran sabio y a su sobrino Naradatta con una suntuosa comida y los circunvaló. Luego Asita regresó a su propia morada volando mágicamente por el aire.



El cuarto hecho: dominar las artes y oficios tradicionales

El cuarto hecho: dominar las artes y oficios tradicionales

El rey Śuddhodana y su séquito organizaron una elaborada celebración en la que diez mil muchachos y diez mil muchachas iban abriendo camino por delante del joven príncipe Siddhārtha. Ocho mil diosas se adornaron de forma suntuosa y, portando gemas, iban delante del joven bodhisattva Siddhārtha limpiando su camino. Del mismo modo, los dioses, nāgas, yakṣas, gandharvas, semidioses, garuḍas, kiṃnaras y mahoragas^[22] mostraron la mitad superior de su cuerpo y esparcieron flores y seda tejida del cielo. Además, las facciones Śākya, dirigidas por el rey Śuddhodana, se adelantaron al príncipe Siddhārtha. Así fue cómo el príncipe Siddhārtha fue llevado a la escuela de escritura.

En cuanto llegó, preguntó a Viśvāmitra, el maestro de escuela: «¿Qué escritura, oh, maestro, me enseñará? ¿Me enseñará la escritura de Brāhmī? ¿La del reino de Māgadha? ¿O me enseñará la escritura Kanisha? ¿La Gandhari? ¿O tal vez la escritura Kiṃnari?» Tras la pregunta de cuál de las sesenta y cuatro

escrituras se enseñaría, Viśvāmitra, el maestro de escuela, quedó asombrado y sonrió. «No conozco esas escrituras», respondió, «ni siquiera he oído hablar de ellas antes». Más adelante, cada vez que el director de la escuela pronunciaba una letra del alfabeto para que los niños la repitieran, mediante el poder del bodhisattva Siddhārtha, cada letra iba seguida de una afirmación diferente del Dharma. Así surgieron innumerables y excelentes enseñanzas del Dharma, y la mente de un enorme número de niños maduraron al dar lugar a pensamientos encaminados al despertar inigualable, perfecto y completo.

En otra ocasión, cuando el príncipe Siddhārtha había crecido un poco, él y algunos otros niños fueron a visitar una aldea agrícola. Después de recorrerla, el joven príncipe fue solo a un parque, sin ninguno de sus amigos. Vio un árbol pomarrosa hermoso y perfecto, y se sentó con las piernas cruzadas bajo su sombra. Sentado allí, el bodhisattva alcanzó un estado mental enfocado en un punto. Se liberó de las no virtudes, acompañado del pensamiento y del análisis, dotado de discernimiento e imbuido de la alegría y el placer que nacen de la soledad. En resumen, llegó al primer nivel de concentración meditativa^[23] y permaneció en ese estado. Gradualmente, por etapas, alcanzó la segunda concentración, luego la tercera y la cuarta, y permaneció en ellas.

En ese momento, los Śākyaya se dieron cuenta de que el príncipe Siddhārtha había desaparecido, y salieron en su busca. Un ministro de la corte encontró al príncipe Siddhārtha en el parque, sentado con las piernas cruzadas, practicando la concentración meditativa bajo la sombra de la pomarrosa. Las sombras de los demás árboles que le rodeaban se habían desplazado por completo y ya no le proporcionaban sombra. Y, sin embargo, la sombra del árbol bajo el que estaba sentado el príncipe Siddhārtha no había abandonado su cuerpo. Al ver esto, el ministro se asombró, se llenó de júbilo y se apresuró a informar de lo que había visto al rey Śuddhodana, que corrió hacia el árbol pomarrosa. También él quedó asombrado y exultante al ver al príncipe bodhisattva sentado en concentración meditativa, resplandeciente de gloria y esplendor.



El quinto hecho: disfrutar del ocio con la reina y el séquito

El quinto hecho: disfrutar del ocio con la reina y el séquito

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

Para ajustarse a las costumbres del mundo,

y evitar comportamientos inapropiados,

te valiste de una reina y su séquito,

y gobernaste así el reino con medios hábiles; a ti, rindo homenaje.

Después de que el príncipe Siddhārtha creciera, mientras el rey Śuddhodana estaba sentado en la sala de reuniones junto con la asamblea de Śākyas, algunos de los ancianos dijeron: «Majestad, sabéis que los sacerdotes que interpretan signos e indicaciones han dado previamente la profecía de que, si el príncipe Siddhārtha renuncia a su hogar, se convertirá en un buddha. Si no renuncia, se convertirá en monarca universal, un rey del Dharma íntegro que ha conquistado las cuatro fronteras y dispone de los siete tesoros. Por lo tanto, debemos organizar un matrimonio para el príncipe. Una vez casado, cuando esté

rodeado de un grupo de mujeres y comience a disfrutar a su antojo, no renunciará al hogar. De ese modo, la línea de nuestra monarquía no se verá interrumpida, y los demás reyes del reino no le dedicarán ninguna crítica. Lo venerarán y le ofrecerán su apoyo».

El rey les ordenó que encontraran una pareja adecuada para el príncipe. Quinientos sākya se presentaron y cada uno afirmó que su hija era adecuada y digna de ser la reina del príncipe Siddhārtha. «Puesto que Siddhārtha es de lo más excepcional, debemos consultarle directamente», dijo el rey. Como todos se habían reunido e informado al príncipe de que tendría que elegir una reina, este respondió que era muy consciente de los ilimitados defectos asociados al deseo. Y añadió: «Sé que es la raíz de los conflictos, el resentimiento, el sufrimiento y la miseria». Como sabemos, incluso en un entorno familiar normal a veces hay discusiones, peleas y resentimientos debidos al desagrado mutuo y muchos otros sufrimientos similares. Y así, dado que el príncipe Siddhārtha sabía todo esto, con su respuesta expresó que no deseaba dedicarse a los objetos del placer sensorial. «Son como las hojas de una planta letalmente venenosa». Pensando en los defectos de entregarse a los placeres sensoriales, declaró que, en su lugar, permanecería en silencio, moraría en el bosque, perfeccionaría su destreza en los

métodos, luego manifestaría el nivel del despertar y maduraría a los seres sintientes.

Más tarde, el príncipe bodhisattva Siddhārtha pensó: «Los bodhisattvas que vinieron antes que yo vivían junto a sus reinas e hijos. Disfrutaban de los placeres sensoriales, pero no tenían aferramiento ni apego. Del mismo modo, yo seré como una hermosa, inmaculada y perfecta flor de loto que surge del lodo y la suciedad mientras permanece impoluta ante las manchas y el barro». Habiendo considerado así la posibilidad de aceptar el matrimonio y obtener un séquito considerable para cuidar de los seres que debían ser domados, dijo al rey: «Si puedo encontrar una mujer que posea cualidades tales como comportarse adecuadamente, estar desprovista de defectos como los celos o el engaño, no apartarse de la rectitud, sentir amor hacia todos los seres sintientes y deleitarse en la generosidad, entonces la aceptaré como mi reina».

En cuanto lo oyó, el rey se dirigió al sacerdote familiar. «¡Gran ministro! Ve a Kapilavastu y mira si hay una joven con tales cualidades. No importa que sea de la casta real, de los sacerdotes, de los mercaderes o de los sirvientes». En otras palabras, no tenía importancia si era de casta alta o baja. Debía buscar cualquier muchacha con esas cualidades. Ante tal orden, el sacerdote de la familia, ese gran ministro recorrió los pueblos

y ciudades en busca de una chica así, pero no la pudo encontrar. Al entrar en la casa del Śākya Daṇḍapāṇi, vio a una joven hermosa y atractiva que parecía una gema preciosa. «Oh, gran sacerdote, ¿cuál es vuestro cometido?», preguntó la muchacha. Él le explicó que buscaba a una joven con ciertas cualidades, alguien digna de ser reina del príncipe Siddhārtha, el hijo del rey Śuddhodana, que poseía las treinta y dos marcas mayores de un gran ser. Mientras se lo explicaba, la joven sonrió y dijo: «Ciertamente poseo todas esas cualidades. Si puedo ser del agrado del príncipe Siddhārtha, ¡no permitáis demora alguna!»

El gran ministro regresó ante el rey Śuddhodana y le describió cómo había conocido a una joven con esas cualidades que vivía en casa de Śākya Daṇḍapāṇi. El rey volvió a enviar al ministro con un mensaje solicitando que su hija fuera dada en matrimonio como reina del príncipe Siddhārtha. Después de haber leído el mensaje, Śākya Daṇḍapāṇi dijo que para poder hacerlo, el destinatario tendría que haber dominado todas las artes atléticas que son las habilidades especiales del clan Śākya. De lo contrario, no la entregaría. Como el príncipe Siddhārtha había pasado el tiempo divirtiéndose en el palacio real, no conocía ninguna de esas artes, como el tiro con arco, fuerza, el combate, la lucha libre, la gimnasia y demás. Por lo tanto, Śākya Daṇḍapāṇi terminó su respuesta diciendo que no le daría a su hija Gopā en matrimonio.

Al leer la carta, el rey Śuddhodana se sintió profundamente abatido. Al ver su semblante entristecido, el príncipe Siddhārtha se acercó y le preguntó: «Oh, rey, ¿por qué parecéis tan disgustado y sombrío?» El rey compartió el contenido del mensaje que había recibido, que explicaba por qué se encontraba en tal estado. «¿Quién, dentro de Kapilavastu, puede competir conmigo en las artes atléticas?», preguntó Siddhārtha a su padre. El rey repitió el contenido de la respuesta que había recibido y le contó que esa era la causa de su depresión. El príncipe volvió a decir: «¿Hay alguien en esta ciudad que pueda competir conmigo en las artes?» Riéndose, el rey le preguntó si podía demostrar tal destreza. «Puedo demostrar mis habilidades delante de todo aquel que sea diestro en las artes», respondió Siddhārtha. El rey Śuddhodana pidió entonces que sonara la campana y anunció que todos los atletas se debían reunir para una competición que se celebraría siete días después.

Tras el anuncio, llegaron quinientos jóvenes atletas y, durante la competición, se propuso como trofeo para el vencedor a la hija de Śākya Daṇḍapāṇi, Gopā. Se hizo el juramento de que quien ganara la competición, se aseguraría su mano en matrimonio. Con el premio establecido, los jóvenes compitieron en muchas artes como la lucha con espada, la lucha libre, el combate, la gimnasia y el tiro con arco. El príncipe Siddhārtha

demostró su superioridad y ganó todas las pruebas. Gopā, la hija de Daṇḍapāṇi, le fue ofrecida en matrimonio. Entonces, residiendo en medio de su séquito de consortes, el príncipe recibió ofrendas continuas de numerosas canciones y músicas hermosas y extraordinarias y jugó y disfrutó de un sinnúmero de placeres sensoriales, comportándose con pericia de acuerdo con las costumbres del mundo. De esta manera, en su gran compasión, el bodhisattva cuidó de la reina y del séquito de consortes de modo excelente. Y hasta los veintinueve años de edad, el príncipe se ocupó de los asuntos de Estado y extendió enormemente su gobierno.



El sexto hecho: renunciar al hogar

El sexto hecho: renunciar al hogar

Como se dice en el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyayamuni,

*Viendo la naturaleza sin sentido de las actividades samsáricas,
dejaste tu hogar y, viajando por el cielo,
frente a la Estupa de la Gran Pureza,
de ti mismo tomaste los votos de un renunciante. A ti, ¡rindo
homenaje!*

Una noche, mientras dormía, el rey Śuddhodana soñó que el bodhisattva Siddhārtha, rodeado de una multitud de dioses, se había ordenado y vestía las ropas de un renunciante. Cuando el rey se despertó, pensó que el príncipe quizá podría abandonar el palacio y que los presagios que aparecían en su sueño tal vez se podrían hacer realidad. El rey estaba muy preocupado. Comenzó a urdir un plan: «si se impedía al príncipe Siddhārtha

salir de los jardines reales y se le obligaba a permanecer en palacio, si se le impedía ir a la ciudad y se le rodeaba totalmente de una multitud de doncellas, se distraería y no tomaría la ordenación». Y así, para que el príncipe Siddhārtha se deleitara con esos placeres, el rey Śuddhodana construyó nuevos palacios que fueran agradables durante cada distinta estación. Había un palacio donde el príncipe se alojaría durante el otoño y otro, durante el invierno, y así sucesivamente. Designó a quinientos guardias en cada uno de los palacios y se aseguró de que estuvieran llenos de innumerables placeres sensoriales. Los surtió de sonidos y melodías de canciones y de música y se cercioró de que constantemente hubiera jóvenes doncellas rodeando al príncipe.

Entonces, un día, Siddhārtha llamó a su auriga Chanda, y le pidió que preparara el carro. Este informó de ello al rey Śuddhodana, quien dio órdenes de que la ciudad de Kapilavastu se limpiara durante los siete días siguientes. Con el fin de eliminar cualquier mal augurio y fealdad, Kapilavastu debía ser decorada con plantas y jardines, y toda la ciudad embellecida y adornada con sombrillas y estandartes reales, toldos e insignias. El rey tenía la ciudad del todo preparada y la dejó extraordinariamente bella y atractiva.

Siete días después, el príncipe Siddhārtha se montó en el carro y salió del palacio por la puerta este. Mediante el poder del bodhisattva, un dios de las moradas puras había tomado la apariencia de un anciano que se hallaba en el camino por el que viajaba el príncipe. Vio a un anciano decrepito, con las venas y los tendones visiblemente abultados y estaba cubierto de arrugas y de escaso pelo. Estaba encorvado y, aunque se apoyaba en un bastón, sacudía las extremidades y le temblaban. Otro día, el príncipe Siddhārtha salió del palacio del rey por la puerta sur, donde vio a un hombre enfermo que no tenía a nadie que lo cuidara. No había médico ni enfermera ni tratamiento que pudiera tomar. No tenía nada en absoluto ni nadie que lo protegiera o asistiera.

Otro día el príncipe salió del palacio en su carro por la puerta oeste, donde vio el cadáver de una persona que estaba rodeado de parientes y conocidos, y todos ellos lloraban, sufrían, se golpeaban el pecho y se lamentaban en voz alta. Vio diversas escenas -un anciano, un enfermo y un cadáver- tras salir por las puertas este, sur y oeste. «Los tres reinos de la existencia cíclica no tienen ninguna esencia digna», pensó. Al ver la inutilidad del saṃsāra, la renuncia nació en su corazón. En general, se explica que la renuncia es el pensamiento que desea alcanzar la liberación o el estado de omnisciencia sobre la base de haber renunciado a esta vida y a todo el saṃsāra.

Otro día el príncipe Siddhārtha subió a su carro y salió por la puerta norte. Una vez más, a través del poder del bodhisattva, un dios se manifestó como un mendicante que era pacífico, autocontrolado y casto; no miraba aquí y allá ni a lo lejos en la distancia. Mantenía pacíficamente la mirada fija a unos dos metros delante de él. Su comportamiento era bello y exquisito. Además, vestía la túnica superior y la exterior, y llevaba un cuenco de mendicante. Siddhārtha preguntó a su auriga Chanda quién era esa persona. «Es alguien que ha abandonado por completo los placeres de la existencia cíclica y se ha convertido en un renunciante», respondió Chanda. «Busca la paz del nirvāṇa y, libre de apego o aversión, vive de la limosna». El príncipe Siddhārtha decidió que él también se convertiría en renunciante al cabo de siete días. Pensando que no sería correcto no compartir sus planes con el gran rey Śuddhodana y simplemente irse de casa sin su autorización, suplicó: «Por favor, dame permiso para convertirme en renunciante». El rey contestó: «Te daré lo que necesites, pero, por favor, no tomes la ordenación. Por favor, permanece en el palacio real». El gran ser Siddhārtha respondió: «En ese caso, dadme la libertad sobre la enfermedad, la vejez, la muerte y el deterioro». El rey no tenía forma de concedérselo.

Sospechando que el príncipe Siddhārtha estaba a punto de convertirse en renunciante, el rey Śuddhodana ordenó al

clan Śākya que custodiara las cuatro puertas direccionales del palacio. Se destacaron quinientos jóvenes, quinientos carros y quinientos soldados de infantería. Los ancianos Śākya patrullaron los caminos y las intersecciones. Todo estaba vigilado para que el príncipe no pudiera salir.

La noche durante la cual el bodhisattva pensaba convertirse en renunciante, hizo muchas aspiraciones, tales como: «¡Que pueda proclamar el sonido del Dharma a todos los seres sintientes! Eliminaré la oscuridad de la ignorancia de todos los seres sintientes». Hacia medianoche, cabalgó con su auriga Chanda y abandonó la ciudad de Kapilavastu. Cuando amaneció, Siddhārtha llegó a la Estupa de la Gran Pureza, se quitó todas las joyas del cuerpo y se las entregó a su auriga Chanda junto con su montura Kaṇṭhaka para devolverlas, y luego envió a Chanda de vuelta a Kapilavastu. El príncipe regaló sus propias prendas a un dios que se había manifestado bajo la apariencia de un cazador y que, a cambio, le dio ropas de color azafrán. Luego, por amor hacia los seres sintientes y con el fin de madurarlos, el príncipe Siddhārtha se cortó el pelo, con lo que mostró el acto de recibir la ordenación de sí mismo, la condición de renunciante o «la autoordenación».



El séptimo hecho: soportar austeridades

El séptimo hecho: soportar austeridades

El príncipe bodhisattva fue a la gran ciudad de Vaishali donde Ārāḍa Kālāma residía junto con un gran séquito de trescientos estudiantes. El maestro Ārāḍa vivía allí y enseñaba las prácticas relacionadas con la esfera de percepción de la ausencia total. Cuando vio al bodhisattva Siddhārtha acercarse desde la distancia, se llenó de asombro y dijo a sus alumnos: «Oh, mirad su figura». Cuando sus discípulos vieron el cuerpo de Siddhārtha, también se llenaron de gran asombro. Entonces el príncipe se acercó hasta donde se encontraba el maestro Ārāḍa y le dijo que había venido a aprender prácticas espirituales, y que tenía la intención de tomarlo como maestro. El maestro Ārāḍa contestó: «Gautama, si lo haces con fe, llegarás a la realización con poco esfuerzo». El bodhisattva respondió que efectivamente tenía fe y diligencia, así como atención plena, samādhi y conocimiento trascendente (prajñā). Preguntó entonces al maestro Ārāḍa si conocía alguna enseñanza superior a la de la esfera sensorial de la ausencia total. «No

conozco ninguna enseñanza superior a esta», respondió el maestro. El príncipe Siddhārtha contestó que él también conocía esa enseñanza. «En tal caso», dijo el maestro Ārāḍa, «ambos deberíamos dar esas enseñanzas a los estudiantes». Pero Siddhārtha contestó que dichas enseñanzas de la esfera sensorial de la ausencia total no llevan a la liberación definitiva de los tres reinos de la existencia cíclica. Pensando que debía encontrar un camino superior, una enseñanza superior a ésta, se marchó.

El príncipe bodhisattva viajó al reino de Māgadha. Viajó solo a Rājagṛha y a otras ciudades, yendo de una ciudad a otra y viviendo de las limosnas que recibía mientras iba. Un día conoció al gran rey de Rājagṛha, el rey Bimbisāra, y estableció en esa ocasión su duradera conexión espiritual, dándole enseñanzas sobre la inutilidad de los objetos sensoriales, describiendo que los placeres sensoriales carecen de toda esencia.

El príncipe Siddhārtha fue entonces a reunirse con el maestro Rudraka, de quien aprendió y manifestó las enseñanzas sobre el estado en el que no hay ni percepción ni no percepción. «¿Posee alguna enseñanza más elevada que ésta?», preguntó entonces al maestro Rudraka, quien respondió que no tenía ninguna enseñanza más elevada. El príncipe bodhisattva pensó para sí:

«Las enseñanzas sobre esta absorción meditativa no aportan la liberación definitiva del saṃsāra. Además, aplicándolas, no se puede alcanzar la liberación del apego y la paz completa de las emociones aflictivas ni del sufrimiento» Esta enseñanza no conducirá a la budeidad. Por lo tanto, decidió marcharse.

Los Cinco Discípulos Excelentes practicaban la castidad y estudiaban bajo la guía del maestro Rudraka en ese momento. Ellos reflexionaron: «Por mucho que nos hayamos entrenado en las enseñanzas de la esfera sensorial de ni percepción ni no percepción con el maestro Rudraka, hemos sido incapaces de alcanzar su maestría. En cambio, Gautama el renunciante», es decir, el bodhisattva Siddhārtha, «pudo dominarlo con poco esfuerzo. Ahora ha ido en busca de un camino superior con la firme intención de convertirse en el guía del mundo». Así pues, los Cinco discípulos excelentes decidieron dejar al maestro Rudraka para unirse al bodhisattva. Siguiéndole, fueron a residir a orillas del río Nairañjanā, al sur de Gayā.

El príncipe bodhisattva practicó austeridades durante seis años y, por el poder del samādhi del espacio que todo lo penetra, detuvo la respiración que le fluía por la boca, fosas nasales y oídos. En ese momento, un dios se cruzó con el bodhisattva y pensó: «¡Oh, no! ¡Qué tristeza! Parece que el joven Siddhārtha ha dejado este mundo». El dios se dirigió al cielo de los

Treinta y Tres, donde residía la madre Māyādevakanta, y le comunicó que el príncipe Siddhārtha había fallecido. Rodeada de un séquito de jóvenes diosas, Māyādevī fue a la orilla del río Nairañjanā hacia la medianoche. El príncipe parecía tan demacrado que daba la impresión de haber fallecido. Ella se ahogó en lágrimas y comenzó a llorar. «Cuando tú, príncipe Siddhārtha, naciste en Lumbinī», dijo, «diste siete pasos en cada una de las cuatro direcciones y proclamaste, “este es mi último renacimiento”. ¡Ahora esas palabras nunca se cumplirán! El gran rishi Asita predijo que serías un buddha; sin embargo, esta profecía ha resultado errónea. Hijo mío, aún no has disfrutado de las alegrías del esplendor de un monarca universal, ¡y has fallecido sin alcanzar el despertar! ¿Quién podría conceder a mi hijo más de tiempo de vida, aunque fuera breve?», se lamentó. Siddhārtha preguntó quién estaba allí de pie, lamentándose y llorando de esa manera. «Soy yo, tu madre, que te tuve en mi vientre como a un diamante», respondió y siguió describiendo todas las penurias que había soportado por él. Entonces el bodhisattva dijo: «Me aseguraré de que todo el esfuerzo que hiciste, tú que amaste a tu hijo y le tenías tanto afecto, cobre sentido». Y prosiguió: «He renunciado a todas las preocupaciones para alcanzar la perfecta budeidad y, tal como profetizó Asita, así sucederá». En cuanto la madre oyó esas palabras, sintió una gran alegría. Se le erizaron los

pelos y esparció flores mandāravā sobre el bodhisattva antes de circunvalarlo tres veces. Alborozada, regresó a su propia morada en el cielo de los Treinta y Tres junto con su séquito. El bodhisattva Siddhārtha continuó practicando austeridades y su condición física empeoró aún más. No solo estaba muy deteriorado físicamente, sino que algunos pastores cercanos lo vinieron a insultar y a hacerle daño. Sin embargo, por más que lo atormentaran, el bodhisattva mostró el acto de permanecer absolutamente inmóvil, en absorción meditativa unidireccional.



El octavo hecho: acercarse al asiento del despertar

El octavo hecho: acercarse al asiento del despertar

Cuando alcanzó los treinta y cinco años de edad, el Príncipe Siddhārtha salió del samādhi de sus seis años de austeridades. Se encontraba en un estado físico extremadamente debilitado. Vio que estas austeridades no conducían a la budeidad, por lo que no eran un camino hacia el despertar. Pensó que si llegaba al despertar con un cuerpo extremadamente debilitado, solo por el poder de su conocimiento sobrenatural y de su sabiduría, no sería compasivo hacia los seres sintientes, o mejor dicho, ese camino de austeridades sería muy difícil de seguir para los seres sintientes. Así pues, después de haber pensado, «Recuperaré mi fuerza física comiendo alimentos sólidos. Una vez que lo haga, alcanzaré el despertar», comió algo. Al ver esto, los cinco excelentes discípulos pensaron que el mendicante Gautama no solo no había alcanzado la enaltecida visión de la sabiduría -en otras palabras, el completo despertar- a través del camino de las austeridades, sino que ahora incluso estaba comiendo. En

consecuencia, creyeron que no era más que otro ser corriente y dejaron de seguirlo, antes de partir hacia el bosque de ciervos en la región de Vārāṇasī.

La persona que ofrecía comida al príncipe bodhisattva era una campesina llamada Sujāta, que había estado enviando a diez muchachas de su pueblo a verlo. Le ofrecían sopas, que él aceptaba. Al tomar esas comidas, su fuerza física aumentó progresivamente. También recuperó parte de su brillo anterior. Llegó a ser conocido como «Monje Hermoso» o «el bodhisattva Monje Hermoso». Algún tiempo después, Sujāta, la hija del granjero, preparó unas gachas de leche hechas con la esencia extraída de la leche de mil vacas a la que añadió un poco de miel. Lo vertió en un cuenco de oro y lo ofreció. El bodhisattva preguntó a Sujāta qué debía hacer con ese cuenco de oro, y ella le dijo que se lo quedara. «Pero no lo necesito», dijo él. «Pues entonces, haz lo que quieras», respondió ella. «Por lo general», continuó, «cuando hago una ofrenda de comida, siempre la ofrezco junto con el recipiente. Nunca hago una ofrenda sin su recipiente». Así pues, el príncipe bodhisattva tomó las gachas de leche con miel que habían sido vertidas en el cuenco de oro y bajó a orillas del Nairāñjana. Se bañó, luego comió las gachas y, sin ningún sentimiento de apego, arrojó el cuenco dorado a las aguas del río Nairāñjanā. En cuanto el cuenco cayó al agua, un rey nāga que vivía allí fue a buscar con gran devoción y respeto

el precioso cuenco en el que había comido el Monje Gautama y lo llevó a su reino, pensando: «¡Esto es digno de veneración!» Tras terminar la comida, el príncipe Siddhārtha manifestó de nuevo las treinta y dos marcas mayores y las ochenta marcas menores de un gran ser, así como un halo de luz, de una braza de diámetro, alrededor de su cuerpo.

Más tarde, con el fin de conquistar los māras, el gran ser vistió el ropaje divino de túnicas de color azafrán. Entonces, pensando que los buddhas anteriores habían dispuesto hierba sobre la que sentarse cuando alcanzaron el despertar manifiesto y completo, vio que el vendedor de hierba Svastika estaba cortando una hierba suave, fresca y de dulce aroma que tenía un tono maravilloso. El bodhisattva se dirigió al vendedor de hierba Svastika y le dijo:

Svastika, rápido, ¡pásame la hierba!

Hoy esta hierba será muy significativa para mí.

(...)

Si hoy me concedes esta hierba.

cosecharás el poder de un mérito ilimitado

Para ti no es más que una señal que anuncia

que te convertirás en un maestro insuperable.

Al oír esas dulces palabras, Svastika se sintió alegre, eufórico y entusiasmado y le ofreció un manojo de hierbas al príncipe Siddhārtha.

El bodhisattva tomó el manojo de hierba suave y perfecta y caminó hacia el árbol bodhi en Bodhgayā. Dispuso la hierba de modo que sus extremos apuntaran hacia dentro y se sentó sobre ese cojín de hierba mirando hacia el este. Luego tomó la firme resolución de no moverse de ese asiento hasta que alcanzara el nivel del despertar completo y mostró el acto de entrar en una absorción meditativa unidireccional.



El noveno hecho: conquistar los ejércitos de Māra

El noveno hecho: conquistar los ejércitos de Māra

El día antes de que el gran ser Siddhārtha alcanzara el nivel de la budeidad perfecta, ejércitos de māras^[24] malignos, yakṣas, kumbhāṇḍas, mahoragas, rākṣasas y comedores de carne desplegaron sus terribles formas. Eran tan aterradores que, con solo verlos, los corazones de las personas estallaban. Algunos tenían dos caras, otros tres o cuatro, o incluso hasta mil y diez millones de rostros. Rugían innumerables amenazas como: «¡Agarrad a ese mendicante Gautama! ¡Golpeadlo! ¡Atrapadlo! ¡Atadlo! ¡Cortadlo! ¡Rebanadlo!» Algunos aplastaban enormes montañas, tan grandes como Meru, la reina de las montañas. Provocaban formidables estruendos al agitar los vastos océanos. Soltaban rayos hacia el bodhisattva y enviaban sobre él lluvias de multitudes de espadas, ruedas, martillos, flechas, lanzas, trozos de hierro y otras armas extremadamente afiladas y aterradoras. También lanzaban contra él avalanchas de rocas y lluvias de abrasadoras llamas vajra. Sin embargo, por el poder de no dañar nunca a los seres, y de generar en todo momento amor y compasión hacia todos los seres sintientes sin

ningún apego ni aversión ni hacia los seres cercanos ni hacia los enemigos, las lluvias de rocas, las de armas y todo lo demás se transformó en una lluvia de flores que se posó sobre el cuerpo del bodhisattva.

Cuando Māra, el malvado, llamó al bodhisattva: «Escucha, joven príncipe, ¡levántate de tu meditación! ¡Deja de meditar! ¡Ve y gobierna tu reino! Esta exigua cantidad de virtud, ¿cómo podría hacerte alcanzar el despertar? Eso es imposible». El Hijo de los Victoriosos respondió: «¡Tú, malvado! A través de un solo acto de dar sin escatimar, te has convertido en el señor del reino de los deseos. Yo, por otro lado, he realizado trillones de actos de dar sin escatimar. He dado tantas veces mis manos a quienes me pedían manos, mis piernas a quienes me pedían piernas, mis ojos a quienes me pedían ojos y mi cabeza a quienes me pedían una cabeza. Sin la menor tacañería ni sentimiento de pérdida, he dado tan frecuentemente a los mendigos mi casa, riqueza, cereales, camas, ropa y parques». Māra, el malvado, replicó: «¿Qué testigo tienes de todos esos actos de dar? Sin un testigo, no tiene sentido hablar de ellos». El bodhisattva replicó: «Maligno, la tierra aquí es mi testigo», y graciosamente tocó la tierra con la mano. En cuanto el bodhisattva tocó esta gran tierra, ella se estremeció y la diosa de la tierra llamada Sthāvarā, junto con su séquito de mil millones de diosas de la tierra, mostró la parte superior de su cuerpo. Se inclinó

hacia el bodhisattva, juntó las palmas de las manos y le dijo: «Tienes razón. Gran Ser, tienes razón. Es tal como dices». Podía afirmarlo porque lo había visto directamente. Lo presencié personalmente. Las hordas de demonios, impotentes, al no encontrar más oportunidades para causar daño o poner obstáculos, desaparecieron.

Ahora Māra, el malvado, se sintió insatisfecho y decidió utilizar artimañas. Para engañar al bodhisattva y crearle obstáculos, emanó muchas jóvenes māras, hermosas y atractivas, con voces voluptuosas y realizadas en las artes eróticas, consumadas en diversas formas de danza. Ellas ejecutaron muchas danzas, cantaron deliciosas canciones con sus bellas voces. El bodhisattva, en absorción meditativa unidireccional, permanecía perfectamente imperturbable. Ni un solo pelo de su cuerpo se movió a pesar de todos sus esfuerzos. Las jóvenes māra huyeron entonces en todas direcciones, acabando tan lejos unas de otras que no se encontrarían antes de un larguísimo período de tiempo.

En resumen, el bodhisattva Siddhārtha conquistó a Māra y a todos sus ejércitos gracias al poder de haber meditado constantemente en el amor, haber practicado la compasión y otras innumerables virtudes. En aquel momento, una inconcebible multitud de māras formuló el deseo por el supremo despertar de un buddha.



El décimo hecho: alcanzar el completo despertar

El décimo hecho: alcanzar el completo despertar

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

Con el fin de hacer significativos todos los esfuerzos realizados desde tiempo sin principio,

te sentaste inmóvil en la postura vajra

debajo del árbol bodhi en Māgadha, y alcanzaste la budeidad.

A ti, cuyo despertar fue completo, rindo homenaje.

Es en Bodhgayā donde nuestro guía, el Bhagavān, se convirtió en buddha. Como se indicó anteriormente, permaneció en absorción meditativa unidireccional y conquistó todos los māras -o los cuatro māras- la noche antes de alcanzar el despertar. A medianoche, entró en absorción meditativa y cuando amaneció el decimoquinto día de Vaiśākha, nuestro guía alcanzó el despertar completo y manifiesto bajo el árbol bodhi.

Al alcanzar la budeidad, el Bhagavān perfeccionó el conocimiento de la naturaleza absoluta de todos los fenómenos,

la aptitud de aprehender las capacidades individuales de los seres sintientes, y el abandono de todos los sufrimientos en la totalidad del saṃsāra y del nirvāṇa, y las causas del sufrimiento -los dos velos, junto con sus tendencias latentes-. En resumen, manifestó plenamente la perfección completa de las cualidades de abandono y realización, el estado último de la omnisciencia. Después de que el Tathāgata hubo alcanzado el despertar, miró fijo al árbol bodhi y dijo: «Aquí he despertado manifiesta y completamente a la insuperable, perfecta y completa budeidad». También dijo: «En este lugar he puesto fin a los sufrimientos del nacimiento, la vejez y la muerte sin principio». Cuando nació en medio de maravillas inconcebibles en la arboleda del bosque de Lumbinī, el Bhagavān había dado siete pasos en cada una de las cuatro direcciones y había declarado que este sería su último nacimiento, que erradicaría el nacimiento, la vejez y la muerte. Esto ya se había cumplido. Del mismo modo, se había cumplido la profecía del gran sabio Asita.

Durante la primera semana después de su despertar, el Tathāgata permaneció cerca del árbol bodhi. Durante la segunda semana, deambuló a lo largo y ancho de todo el triquilocosmos. Durante la tercera semana, mirando sin pestañear al árbol bodhi, dijo: «Tras haber alcanzado el insuperable, auténtico

y completo despertar, he puesto fin a los sufrimientos del nacimiento, la vejez y la muerte sin principio». Luego, durante la cuarta semana, el Tathāgata dio un paseo, esta vez viajando desde el océano oriental hasta el océano occidental. Māra, el malévolo, se acercó al Tathāgata y le dijo, «Ya que ha llegado el momento de que el Bhagavān pase al parinirvāṇa, ¡que el Sugata alcance el parinirvāṇa!» A estas palabras, el Tathāgata respondió que los oponentes en disputa debían ser derrotados de acuerdo con el Dharma, que se les debía inculcar la fe, que se les debía enseñar junto con varios milagros. Hasta entonces, y mientras los sonidos de las Tres Joyas—*Buddha*, *Dharma* y *Samgha*—no resonaran a lo largo y ancho de este mundo, él no pasaría al parinirvāṇa.

Luego, durante la quinta semana, el Tathāgata moró en el dominio del rey nāga Mucilinda. Durante la sexta semana, mientras se dirigía hacia el árbol baniano de un pastor de cabras, el Tathāgata fue visto a orillas del río Nairāñjanā por algunos ascetas pertenecientes a grupos heréticos como los carakas (vagabundos expertos en medicina), los nirgranthas (ascetas sin pasión), los parivrājakas (mendigos religiosos) y los ājīvikas (mendigos errantes). Le preguntaron, «¿Le fue bien al Bhagavān Gautama?» En otras palabras, le preguntaron si, siguiendo un camino de felicidad, alcanzó un resultado feliz. El

Bhagavān respondió: «Feliz es la soledad del contento que ha escuchado y puede ver el Dharma. Feliz es abstenerse de dañar a los seres vivos. Feliz es trascender las malas acciones, evitar cualquier mala acción y estar libre de apego. Supremamente feliz es la subyugación del egoísmo y del orgullo». El *orgullo* es el pensamiento de «¡yo! ¡yo!» que tenemos. Continuó su respuesta con explicaciones como: «Este mundo está atormentado por el ansia de los placeres sensoriales». Durante la séptima semana, el Victorioso profetizó el despertar de los dos mercaderes Trapusa y Bhallika, y los deleitó con versos como:

*Que la auspiciosidad divina, que logra objetivos
y trae buena fortuna a lo largo de las diez direcciones
¡cumpla todos tus objetivos!
¡Que de inmediato todo sea favorable!*

Junto con sus compañeros, buscaron refugio en el Buddha. Tales fueron las actividades del Buddha durante la séptima semana. Entonces, el Bhagavān se sentó al pie del árbol de la liberación, y tuvo el siguiente pensamiento:

¡Ay! Esta verdad que he realizado y a la que he despertado es profunda, pacífica, completamente apaciguada, inaccesible

para el intelecto, inexpresable con palabras. Dado que no se puede mostrar y trasciende todas las conceptualizaciones, si enseñara esta verdad a los otros, no la entenderían. Por lo tanto, permaneceré en silencio y no se la enseñaré a nadie.

En ese momento, pronunció estos versos:

*Profunda, pacífica, inmaculada, luminosa y no condicionada
tal es la verdad semejante al néctar que he realizado.
Si la enseñara, nadie la entendería,
así que permaneceré en silencio en el bosque^[25].*

Así pues, el Victorioso no enseñó nada durante las siete semanas que siguieron a su despertar, durante las siete semanas comprendidas entre el decimoquinto día del cuarto mes tibetano hasta el cuarto día del sexto mes tibetano. Entonces el Bhagavān proclamó:

*Con mi infinita compasión por el mundo entero,
no me quedaré quieto cuando otros me suplican.
Todos estos seres tienen fe en Brahmā;
así, cuando él me suplique, haré girar la rueda del Dharma.*

El Buddha quería decir que no enseñaría a petición de nadie más que del propio Brahmā, puesto que toda la población tenía fe en él. Entonces, rodeado y escoltado por un séquito de seis millones ochocientos mil, Brahmā se dirigió al Tathāgata. Cuando llegó, inclinó su cabeza a los pies del Tathāgata e hizo la petición para hacer girar la rueda del Dharma. Con el fin de generar respeto por el Dharma, para aumentar la raíz de la virtud haciendo que Brahmā solicitara repetidamente el Dharma, el Bhagavān no accedió a esa primera petición. El Tathāgata no consintió en enseñar tras una única petición con el fin de aumentar el respeto hacia el Dharma, para que fuera tenido en alta estima en el mundo y fuera recibido con deferencia. Viendo esto, el gran Brahmā fue al reino de Śakra, señor de los dioses. Cuando llegó, le dijo a Śakra, señor de los dioses: «Debe solicitarse al Tathāgata que haga girar la rueda del Dharma. Hagamos juntos esa petición». Tanto Brahmā como Śakra se acercaron al Tathāgata, inclinaron la cabeza a sus pies y Śakra le pidió atentamente que hiciera girar la rueda del Dharma. Entonces, el señor de los dioses, el gran Brahmā, el del moño alto -o Brahmā para abreviar- formuló una segunda petición al Tathāgata.

Mi relato de la vida del Buddha se basa en *La vasta exhibición*, en donde no se menciona que se ofrecieran una rueda de oro de mil radios y una caracola que giraba a la derecha, junto con la

petición de hacer girar la rueda del Dharma. Por lo tanto, esas ofrendas deben de haber sido relatadas en otro sūtra, no en el que estoy consultando.

Tras estas peticiones, el Bhagavān habló:

¡Oh, Brahmā!, las puertas del néctar están abiertas

a aquellos seres sintientes de Māgadha

con oídos y con devoción

que escuchan atentos constantemente y sin ocasionar daño.

En cuanto el señor de los dioses, el gran Brahmā, el del Moño Alto, comprendió que el Tathāgata había aceptado, se regocijó con satisfacción y júbilo. Extasiado y exultante, se inclinó una vez más con su cabeza a los pies del Tathāgata y desapareció de la vista.



El undécimo hecho: hacer girar la rueda del Dharma

El undécimo hecho: hacer girar la rueda del Dharma

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

Homenaje a ti que, en tu compasión,

miraste de inmediato a los seres vivos, luego

*hiciste girar la rueda del Dharma en lugares sagrados como
Vārāṇasī,*

y estableciste discípulos en los tres vehículos.

En ese momento, los cuatro dioses del árbol bodhi llamados Dharmaruci, Dharmakāma, Dharmamati y Dharmacārin se inclinaron a los pies del Tathāgata y le preguntaron: «¿Dónde girará el Bhagavān la rueda del Dharma?». A su pregunta, el Tathāgata respondió que enseñaría en Vārāṇasī. Ellos dijeron: «Oh, Bhagavān, la ciudad de Vārāṇasī solo tiene una población limitada». Esto es lo que relata el sutra *La vasta exhibición*. Los dioses dijeron que el Parque de los Ciervos solo tenía una cantidad limitada de sombra de árboles en comparación con

otras ciudades que eran más ricas, tenían mejores cosechas, mayor población y estaban ornamentadas por agradables jardines. Ellos le pidieron al Sugata que hiciera girar la rueda del Dharma sagrado en uno de estos otros lugares. Pero el Tathāgata replicó: «¡No digas tal cosa! ¿Y por qué? Porque Vārāṇasī fue el lugar preferido de los sabios anteriores». Antes de que nuestro guía viniera al mundo de los hombres, Vārāṇasī era el lugar donde vivían quinientos pratyekabuddhas o sabios. El Tathāgata explicó además que muchos buddhas anteriores habían hecho girar la rueda del Dharma en este lugar.

Nuestro maestro, el Bhagavān, pensó además que a sus cinco compañeros anteriores les vendría bien oír su enseñanza en Vārāṇasī, lo que sería el primer giro de la rueda del Dharma. El Tathāgata vio que los Cinco Discípulos Excelentes, Ājñātakauṇḍinya, Aśvajit, Bāṣpa, Mahānāma y Bhadrīka, poseían mentes puras, que su mente sería fácil de domar. Ellos entenderían fácilmente. Tenían muy poco apego, aversión e ignorancia. También habían servido a nuestro guía cuando soportaba las austeridades, antes de su despertar. Estaban decididos a seguir el camino sublime y estaban libres de fuerzas obstructoras. El Bhagavān vio que si les enseñaba el Dharma, serían capaces de comprender su significado. Sabiendo que comprenderían el significado del Dharma, y que no se volverían contra él, nuestro maestro viajó por tierra, pasando por el reino

de Māgadha, Kāśi y Gayādhara, y llegó al Parque de los Ciervos, junto a la Colina de los Sabios Caídos, cerca de Vārāṇasī.

Los Cinco Excelentes Discípulos vieron acercarse desde lejos al Tathāgata. A medida que se acercaba, su inmenso esplendor y resplandor los sobrecogía. Se levantaron de sus asientos, le lavaron los pies, le dieron la bienvenida, se sentaron a un lado y se dirigieron al Tathāgata: «Venerable Gautama, tus sentidos son claros y el tono de tu piel es perfectamente puro. ¿Has manifestado la sabiduría de los seres sublimes?» En otras palabras, su cuerpo resplandecía con tal fulgor que se preguntaron si había alcanzado el nivel de la budeidad. El Sugata respondió: «¡Oh, Bhikṣus! He manifestado el camino de la inmortalidad. ¡Bhikṣus! Soy el Despierto. Soy el Omnisciente. He agotado todos los defectos». El Despierto les dijo: «¡Venid aquí! Os enseñaré el Dharma». Antes de encontrarse con el Bhagavān en la región de Vārāṇasī, los cinco compañeros anteriores llevaban las insignias de las doctrinas tīrthika que practicaban. Ellos entonces las desecharon y vistieron los símbolos de los bhikṣus: las túnicas monásticas y el cuenco de limosnas que sostenían en sus manos. Inclinaron respetuosamente la cabeza a los pies de nuestro guía, el Bhagavān, y se sentaron frente a él. En ese momento, el Tathāgata comenzó a hacer girar la rueda del Dharma.

Para los afortunados Cinco discípulos excelentes, nuestro guía hizo girar la preciosa rueda del Dharma que elabora sobre las Cuatro Nobles Verdades: el sufrimiento, el origen del sufrimiento, la cesación del sufrimiento y el camino que conduce a esa cesación. Explicando las Cuatro Nobles Verdades mediante una metáfora, el venerable Protector Maitreya dice en el *Tratado sobre el continuo último*:

Se debe conocer la enfermedad, eliminar su causa,

alcanzar el bienestar y seguir el tratamiento.

Así como el sufrimiento, su causa, su cesación y el camino,

cada uno se debe conocer, eliminar, alcanzar y seguir.

Maitreya dice que la verdad del sufrimiento es como una enfermedad. La causa del sufrimiento, la verdad del origen, es similar a lo que causó esa enfermedad. La verdad de la cesación es como el estado de bienestar alcanzado después de liberarse de esa enfermedad. Y la verdad del camino es como seguir el tratamiento que curará esa enfermedad. En resumen, para eliminar el sufrimiento, hay que eliminar la causa del sufrimiento. Y para alcanzar la verdad de la cesación, hay que seguir la verdad del camino que conduce a ella.

Así, el Despierto había hecho girar la rueda del Dharma que se deriva de las Cuatro Nobles Verdades. Entonces, al oír la expresión *la rueda del Dharma*, ¿qué se debe entender? Las enseñanzas explican que el Dharma -que es la rueda del Dharma- es de dos clases: *el Dharma de las escrituras* y *el Dharma de la realización* del que solemos oír hablar. Se denominan, alternativamente, *el Dharma de las enseñanzas* y *el Dharma de la realización*. En este caso, *las enseñanzas* se refieren a las doce ramas de las escrituras. En cuanto al *Dharma de la realización*, se entiende principalmente como las cualidades adquiridas a partir del camino de la visión, o la sabiduría que poseen los seres sublimes, o las cualidades de los caminos recorridos por los seres sublimes.

¿Por qué se dice que el Dharma es una rueda? Por las características y funciones similares que comparten el Dharma y una rueda. Una rueda como arma destruye cualquier objeto que se interponga en su camino cuando se hace girar, y las ruedas de un carro transportan una carga, como por ejemplo, un montón de hierba, de un lugar a otro. Del mismo modo, los dos tipos de Dharma, las enseñanzas y la realización, destruyen las emociones aflictivas que se encuentran en las mentes de los seres que han de ser domados, y las realizaciones se transportan progresivamente a las mentes de esos seres. Aquí, el transporte es otra forma de describir el nacimiento

del Dharma de la realización, o la rueda del Dharma de la realización, en las mentes de los discípulos. Esto ocurrió, por ejemplo, cuando nuestro guía enseñó por primera vez la rueda del Dharma que expone las Cuatro Nobles Verdades a los Cinco Discípulos Excelentes en Vārāṇasī. Ājñātakauṇḍinya y los demás excelentes escucharon la enseñanza, la practicaron y dieron nacimiento al Dharma de la realización en sus mentes. A su vez, lo enseñaron a sus respectivos alumnos, quienes también escucharon, practicaron y dieron nacimiento a esa realización —la rueda del Dharma.

Entonces, de acuerdo con las diversas capacidades, pensamientos y deseos de cada uno de los seres que se han de domar, el Omnisciente, nuestro maestro, dio una inconcebible cantidad de enseñanzas específicas. Lo hizo porque cada uno de los innumerables deseos específicos de los seres que han de ser domados requiere de una enseñanza específica correspondiente, al igual que cada enfermedad concreta, de todas las que asolan este mundo, requiere su curación con un tratamiento muy particular. Esto explica por qué nuestro guía ha expuesto innumerables secciones del Dharma. Entre ellas, en la Montaña del Pico del Buitre, el Buddha expuso el *Conjunto intermedio de enseñanzas*, llamado la *Rueda del Dharma de la ausencia de características*, que contiene los sūtras sobre la Perfección de la sabiduría. En Vaiśālī y otros lugares,

explicó el *Conjunto final de enseñanzas, llamado la Rueda del Dharma que revela excelente y plenamente, que contiene sūtras como Desentrañar la intención*^[26]. Así, el Buddha hizo girar ampliamente la rueda del Dharma^[27].



El duodécimo hecho: la demostración de entrar en el parinirvāṇa

El duodécimo hecho: la demostración de entrar en el parinirvāṇa

Como dice el *Elogio a los doce hechos* de nuestro guía Śākyamuni:

*Homenaje a ti que, para incitar a los perezosos hacia el Dharma,
abandonaste tu cuerpo, aunque inmortal y como un vajra,
y pasaste al parinirvāṇa
en la morada pura de Kuśinagara.*

Una vez que nuestro maestro, el Bhagavān, hubo completado todas las actividades de domar discípulos en este campo búdico, mientras se encontraba en el reino de Malla, mostró signos de enfermedad después de haber tomado su última comida, la limosna ofrecida por el herrero Cunda. Al llegar a Kuśināgara, se tumbó en la postura de dormir de los leones en su último lecho entre dos árboles sāla.

Acostarse sobre el lado derecho del cuerpo es la postura de dormir de los leones. Se debe entender que nuestro guía tenía

control sobre el nacimiento y la muerte. Se había liberado de todos los sufrimientos asociados con el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte, y había alcanzado el nivel de la inmortalidad vajra. Esto se puede remontar hasta el momento posterior al despertar completo y manifiesto en Bodhgayā, cuando dijo: «En este lugar he puesto fin a los sufrimientos sin principio del nacimiento, la vejez y la muerte». En ese momento, el Buddha ya había obtenido el control sobre el nacimiento y la muerte y se había liberado de los cuatro grandes ríos del sufrimiento. El sublime Maitreya lo corrobora en uno de sus tratados:

*Los seres sublimes han eliminado de raíz
los sufrimientos del nacimiento, la muerte y la vejez.*

Y, sin embargo, el *Sūtra de la suprema luz dorada*^[28] dice:

*El Buddha no pasa al nirvāṇa;
y el Dharma no desaparecerá.
Pero con el fin de madurar a los seres sintientes,
él pasa o muestra el paso al nirvāṇa.*

El Despierto mostró el paso al parinirvāṇa a los seres a los que había que domar, que estaban apegados a la permanencia, con el fin de volver sus mentes hacia el Dharma, para que generaran el pensamiento de la impermanencia, y para que lo comprendieran. Es sumamente importante comprender o integrar la impermanencia. Nuestro guía dice en un sūtra:

¡Bhikṣus! Pensar en la impermanencia es hacer ofrendas al Buddha.

Pensar en la impermanencia es recibir del Buddha la profecía [de la propia liberación].

Pensar en la impermanencia es ser bendecido por el Buddha.

¡Bhikṣus! De entre las huellas, la del elefante es suprema.

De entre los pensamientos, el de la impermanencia es supremo.

Por lo tanto, si la impermanencia no se queda en algo que hemos oído o comprendido, si no se queda en meras palabras que decimos de boquilla, sino que, por el contrario, somos capaces de integrar la comprensión de la impermanencia en nuestra mente o de realizarla sobre la base de una firme convicción, naturalmente seremos capaces de superar nuestro deseo hacia cualquier objeto externo o interno, hacia todo el mundo exterior y todos sus habitantes. Esto nos permitirá eliminar cualquier deseo fuerte que provenga de las emociones

aflictivas, como el que tenemos hacia nuestras casas, hacia cualquier parte de nuestra riqueza o posesiones, hacia cualquier persona de nuestra familia, nuestros parientes o hacia cualquier otra persona. En la actualidad, en el transcurso de nuestra vida, nuestros fuertes deseos nos empujan a realizar muchas acciones negativas, que es como hemos experimentado en el pasado y seguimos experimentando una gran cantidad de sufrimiento. Pero si somos capaces de comprender y darnos cuenta completamente de la impermanencia, podremos eliminar nuestros deseos. Además, si somos capaces de contemplar de forma adecuada la impermanencia, nos volveremos diligentes de forma natural: mediante su contemplación, desaparecerán los pensamientos de aplazar la práctica del Dharma hasta mañana y pasado mañana, o hasta nuestra vejez. Sentiremos la necesidad de practicar el Dharma con diligencia ahora mismo. Naturalmente tendremos pensamientos como: «Ahora mismo, tengo que ser diligente en la práctica del Dharma». Como se dice:

Será mañana o la próxima vida,

¿qué sucederá primero? Nadie lo sabe.

Así que deja tus esfuerzos para mañana

y no escatimes esfuerzos para tu próxima vida.

¡Esto es cierto! Ocurre ciertamente que personas que gozan de buena salud, que están en plena juventud, se ven repentinamente afectadas por circunstancias adversas y mueren antes de poder ver el día siguiente. Por lo tanto, entre el mañana y la próxima vida, no hay forma alguna de saber con certeza cuál llegará primero. Además, si contemplamos la impermanencia en su totalidad, podremos abstenernos de llevar a cabo acciones negativas, las causas del sufrimiento, y sentir entusiasmo hacia las acciones positivas. Así es como pensar en la impermanencia contrarresta nuestros defectos y elimina nuestro sufrimiento. Además, la firme convicción sobre la naturaleza impermanente nos llevará a realizar la naturaleza absoluta de los fenómenos. La comprensión cabal de la naturaleza impermanente o, en otras palabras, de la naturaleza relativa de los fenómenos, nos conducirá o ayudará a alcanzar la realización de la realidad absoluta. Los tratados sobre Madhyamaka dicen:

La verdad convencional es el método,

La verdad absoluta es el resultado de aplicarlo.

Y también:

Sin apoyarse en lo convencional,

la realidad absoluta no será realizada.

Sin la realización de lo último,

el nirvana no será alcanzado.

Es extremadamente importante integrar la impermanencia, contemplar la impermanencia y generar una convicción firme sobre la impermanencia.

Dado que la demostración de pasar al parinirvāṇa, el duodécimo entre los doce hechos del Buddha —que son sus actos más importantes— no parece estar relatada en el presente sūtra *La vasta exhibición*, solo pude utilizarlo como fuente para los once primeros de los doce hechos, y recurrí a otros sūtras para el último.

Observaciones finales

En resumen, cuatro de los doce son grandes hechos: nacer, alcanzar el despertar, hacer girar la rueda del Dharma y pasar al parinirvāṇa. Los lugares donde se llevaron a cabo estos cuatro grandes hechos son lugares de peregrinación sumamente importantes. Nuestro guía mismo dijo en la sección *Vinaya menor*^[29] lo importante que sería ir en peregrinación a los lugares donde se han llevado a cabo los cuatro grandes hechos después de su paso al parinirvāṇa. Por lo tanto, visitar los cuatro grandes lugares de peregrinación es muy importante para todo budista, todo seguidor de nuestro guía, el Bhagavān. Por eso, como mínimo deberíamos asegurarnos, como budistas, de haber ido al menos una vez en la vida a cada uno de los cuatro grandes sitios. Cuando estemos allí, es de vital importancia que generemos tanta virtud como sea posible. Las personas que van allí a veces acumulan numerosas acciones no virtuosas, y otras veces muchas acciones virtuosas. Realmente depende de nosotros, si somos capaces de cometer acciones virtuosas o no virtuosas mientras estemos allí. En general, las bendiciones

especiales de los lugares de peregrinación aumentan el poder de cualquier acción virtuosa o no virtuosa que realizamos. Por ejemplo, de forma similar a la multiplicación de las acciones virtuosas y no virtuosas por cien mil durante el mes de Saga Dawa, los actos virtuosos y no virtuosos llevados a cabo en los grandes sitios de peregrinación también se vuelven poderosos debido a las bendiciones del lugar. Eso es válido tanto durante el mes de Saga Dawa como fuera de él. Por lo tanto, las personas que cometen acciones negativas mientras se encuentran en un gran sitio de peregrinación acumularán un karma negativo mucho mayor y mucho más pesado.

Por otra parte, en la Prajñāpāramitā se dice que si una práctica del Dharma perfectamente pura se basa en una motivación perfectamente pura, puede ser cosechados beneficios vastos de un modo inconcebible. Por esa razón, es importante asegurarse siempre de que nos esforzamos por lograr la virtud y abandonar las acciones negativas. Necesitamos hacerlo con cuidado basándonos en la atención plena y la vigilancia. Es especialmente importante ser más cuidadoso de lo habitual durante los días sagrados y cuando visitamos lugares de peregrinación importantes.

Me gustaría decir unas palabras sobre el medio ambiente ya que la naturaleza y, en particular, los árboles, comparten una

conexión directa con los hechos de nuestro maestro. Como hemos visto, Māyādevī agarraba la rama de un precioso árbol, un extraordinario y sublime plakṣa, cuando nació nuestro guía, el Bhagavān. Fue también bajo el árbol bodhi, donde nuestro guía manifestó el perfecto despertar, y luego en el Bosque de Ciervos de los Sabios Caídos, donde hizo girar por primera vez la rueda del Dharma. Finalmente, fue rodeado de dos árboles sāla donde desplegó su último hecho, el paso al parinirvāṇa. Cada uno de sus cuatro grandes hechos está relacionado con la naturaleza y, en particular, con los árboles. Así pues, los budistas también debemos cuidar el medio ambiente y protegerlo. Es de gran relevancia; y, sin embargo, la importancia del medio ambiente no empezó a ser una preocupación de la humanidad durante el siglo XX ni el XXI. Mucho antes, los maestros budistas ya atribuían una gran importancia al medio ambiente, como podemos leer en la obra de Śāntideva *La práctica del bodhisattva*^[30]:

*Si nos encontramos cavando la tierra, cortando hierba
o tallando dibujos en el suelo sin motivo,
deberíamos recordar los preceptos del Sugata
y con temor deberíamos desistir en ese mismo momento.*

Además de eso, lo más importante es que generemos una devoción firme e inquebrantable que se sienta desde lo más profundo de nuestro corazón hacia nuestro maestro, el Bhagavān, que es extremadamente precioso para nosotros. Lo es, no solo porque somos sus seguidores, no solo por nuestro cariño hacia él, sino porque es la pura verdad que el noble Dharma que enseñó es virtuoso al principio, virtuoso en el medio y virtuoso al final. Por el mero hecho de que el noble Dharma es válido, no engañoso y auténtico, se establece que nuestro guía, el que lo enseñó, también es válido, auténtico y no engañoso.

Rendir homenaje y hacer ofrendas a nuestro guía es una costumbre nuestra, y la debemos mantener. Para ello, debemos colocar una estatua, una thangka o una imagen de Buddha en un altar de nuestros hogares y tener en cuenta lo que sigue al hacer ofrendas y postraciones. No debemos pensar que el objeto de nuestras postraciones y ofrendas es solo una estatua, una pintura o una imagen, sino que debemos considerar que son el Buddha en persona. Debemos considerar que nuestro maestro está realmente presente ante nosotros y que representa en una sola persona a todos los buddhas de las diez direcciones y de los tres tiempos. Sobre la base de tal visualización, definitivamente podremos cosechar beneficios inconcebibles y acumular vastas

cantidades de méritos si, motivados por la renuncia, el amor y la bodhicitta al principio, y dedicando perfectamente los méritos hacia el logro del completo despertar de todos los seres sintientes al final, acometemos, lo mejor que podamos, acciones tales como hacer postraciones, hacer ofrendas, hacer la ofrenda regular de los siete cuencos, y así sucesivamente en presencia del Buddha. Debemos pensar además que en todo momento estamos en la presencia misma de los buddhas y bodhisattvas. El maestro Śāntideva dice en *La práctica del bodhisattva*:

Los buddhas y bodhisattvas

ven sin obstáculos y sin cesar.

Pensando: «Estoy en todo momento

en la presencia misma de todos ellos»,

genera decencia, respeto y temor.

La persona que haga eso

recordará incesantemente las cualidades del Buddha.

Si pensamos siempre que todos los buddhas y los bodhisattvas en sus séquitos ven constante y directamente cada una de las acciones de nuestro cuerpo, palabra y mente, que ven directamente todas nuestras buenas acciones pero también

todas las malas, de forma natural nos sentiremos inquietos y evitaremos incurrir en actos poco virtuosos. Pensaremos naturalmente «¿Cómo podría atreverme a hacer algo negativo en presencia del Bhagavān! Será mejor que no cometa ninguna acción insana. Me sentiría avergonzado de hacer algo no virtuoso». De este modo, evitaremos naturalmente las acciones negativas y nos implicaremos con alegría y entusiasmo en las acciones virtuosas.

Por último, me gustaría pedirlos a todos que consideréis que nuestro testigo constante es la infalible ley de causa y efecto, que nuestro maestro, el Buddha, nos mira siempre, y que practiquéis el noble Dharma en todo momento de forma pura, para lograr la virtud y abandonar las acciones negativas sin limitar nunca vuestros esfuerzos. Gracias.

Notas

1. *Bhadra Kalpika Sūtra*
2. *Tathāgata Acintya Guhya Nirdeśa Sūtra*
3. *Aṣṭamahāsthānacaitya Stotra*
4. Las enseñanzas mahayana comunes explican que un ser sintiente ordinario acumula méritos y sabiduría durante «tres innumerables» de los «grandes eones» (traducidos aquí como «tres eones incontables») antes de alcanzar la budeidad. En el Abhidharma, un «incontable» o «innumerable» es un número igual a 10 elevado a la sexagésima potencia. Un gran kalpa o eón es el tiempo que transcurre entre el comienzo de la construcción de un sistema mundial hasta el final del período vacío que sigue a su destrucción. Un gran kalpa está formado por 3 397 706 240 000 000 000 años, como los experimentados en el mundo humano.
5. Generalmente conocidos como los «cuatro māras». Son cuatro personificaciones de los velos que impiden el despertar. Los cuatro demonios (māras) son el māra divino, que es la distracción de los placeres, el māra del Señor de la Muerte, el māra de los agregados, que es el cuerpo, y el māra de las emociones aflictivas. Véase nota número 24.
6. Aquí Tathagata Śākyamuni se refiere a un buddha con el mismo nombre que precedió a Buddha Śākyamuni y que apareció en otro eón.

7. *Triskandhaka Sūtra*

8. *Karuṇāpuṇḍarīka Sūtra*

9. El amor (tib. རྩམས་པ་, *champa*) en budismo es el deseo de que todos los seres sean felices y tengan las causas de la felicidad. Es el primero de los cuatro pensamientos inconmensurables.

10. *Madhyamakāvātāra*

11. Las treinta y dos marcas mayores y menores de excelencia que caracterizan la forma física perfecta de un buddha nirmanakaya, como las marcas de ruedas en las palmas de las manos y las plantas de los pies, y las uñas de color cobre, tanto en las manos como en los pies.

12. *Akaniṣṭha Ghanavyūha*

13. *Madhyamakāvātāra*

14. *Lalitavistara Sūtra*

15. Parinirvāṇa, el nirvāṇa «último», se refiere al paso final más allá del sufrimiento que manifiestan los buddhas y los maestros sumamente realizados al final de sus vidas.

16. *Mahāyānottaratantra Śāstra*

17. *Dvādaśakāra Nāma Stotra*

18. Nirvāṇa es la liberación final del sufrimiento. Este término sánscrito

significa «extinción», pues las causas del saṃsāra se «extinguen». En tibetano, se traduce como «la trascendencia del sufrimiento».

19. El Abhidharma explica que cada mundo tiene en su centro un monte Meru rodeado por siete océanos y siete anillos de montañas doradas que los separan. Fuera están los cuatro continentes y ocho subcontinentes. Mil de estos mundos constituyen un «sistema de mil mundos». Mil de ellos constituyen un «sistema de mil mundos de segundo orden». Cuando se multiplica mil veces más, es un «sistema mundial de tercer orden» o triquilocosmos.

20. *Pitāputrasamāgama sūtra*

21. El término se refiere a cualquier no budista, pero como el budismo aún no existía como religión o camino espiritual, utilizar «no budista» sería anacrónico. La palabra «budista» en tibetano es *nang pa* (internalista), alguien que busca en su propia naturaleza, mientras que «no budista» o «externalista» es *phyi rol pa*, alguien que mira hacia fuera, que busca externamente.

22. Ocho clases de dioses y demonios. Todos ellos podían recibir y practicar las enseñanzas de Buddha. Existen varias descripciones, pero en los sutras, la más general es la que se encuentra aquí.

23. *Dhyāna* en sánscrito.

24. Māra es el dios principal en el paraíso más elevado del reino del deseo. Intentó impedir la iluminación del Buddha y no desea que ningún ser se escape del saṃsāra. Los māras son los dioses y

demonios que están bajo su dominio; además, simbolizan los defectos que tiene una persona y que impiden la iluminación.

25. Estos versos se encuentran en el *Sutra de La vasta exhibición (Lalitavistara Sūtra)*.

26. *Samdhinirmocana sutra*

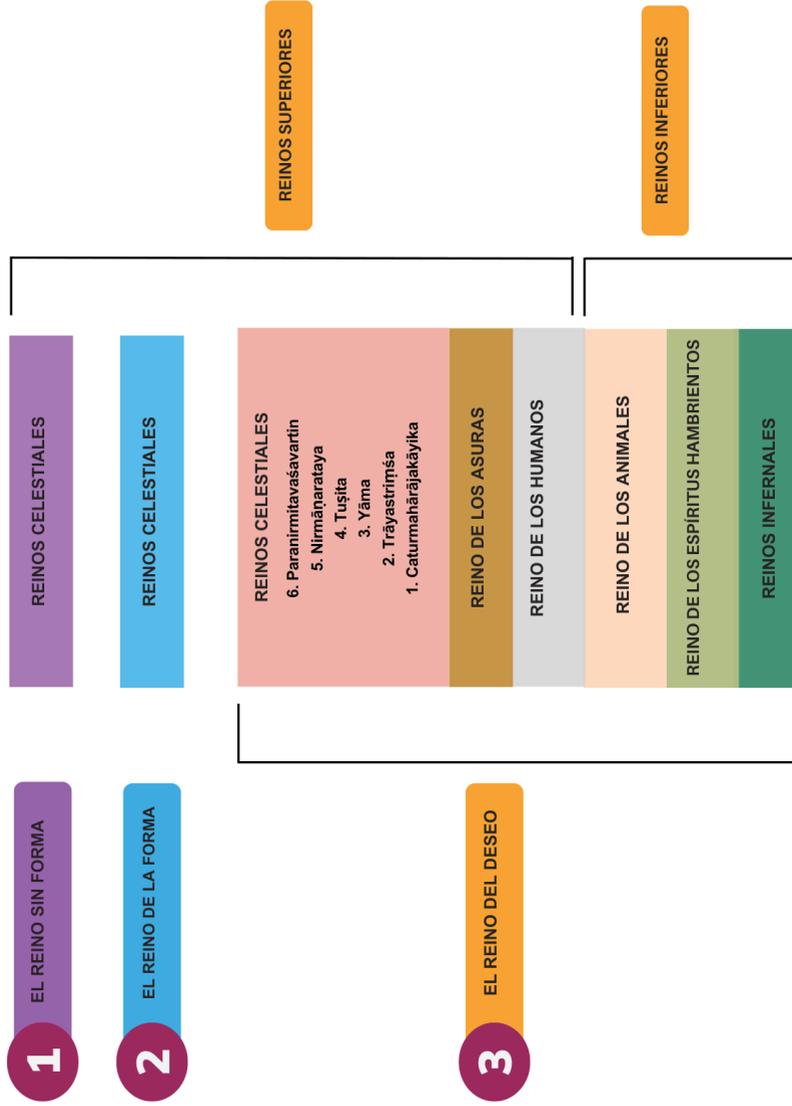
27. Dado que el *Conjunto inicial de enseñanzas*, denominado la *Rueda del Dharma de las Cuatro Nobles Verdades*, ya se ha explicado en los párrafos anteriores, Su Santidad solo se refiere a los dos últimos giros de esta sección. Las enseñanzas de Buddha se dividen tradicionalmente en estos tres conjuntos de enseñanzas, cada uno de los cuales recibe el nombre de una rueda del Dharma.

28. *Suvarṇaprabhāsa Sūtra*

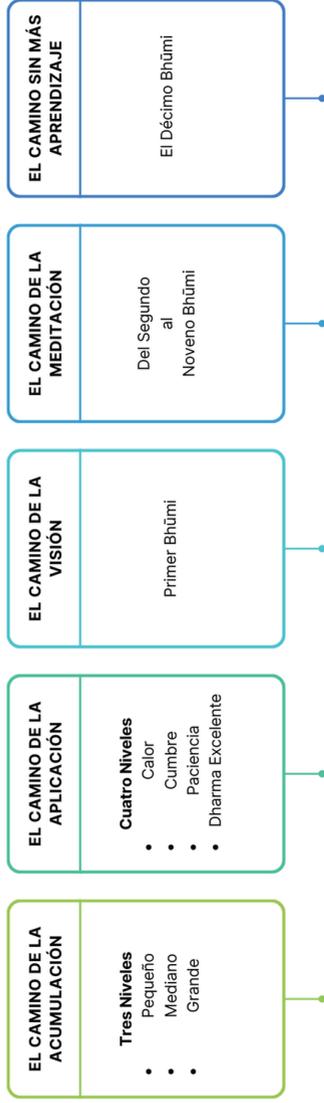
29. *Vinaya-agama*

30. *Bodhicaryāvatāra*

Los Tres Reinos del Saṃsāra



Los Cinco Caminos y los Diez Bhūmis del Sendero del Bodhisattva



Nivel de los Seres Ordinarios

Nivel de los Bodhisattvas Nobles

Estado de la Budeidad



- Su Santidad el 42^{do} Sakya Trizin, Ratna Vajra Rinpoche, es el hijo mayor de Su Santidad el Sakya Trichen (el 41^{er} Sakya Trizin). Perteneciente a la noble familia Khon, cuyas sucesivas generaciones han proporcionado un linaje ininterrumpido de sobresalientes maestros budistas, y famoso tanto por su erudición como por la claridad de sus enseñanzas, Su Santidad el 42^{do} Sakya Trizin es considerado como uno de los sostenedores de linaje más altamente cualificados en la tradición budista tibetana.

Desde su juventud, Su Santidad el 42^{do} Sakya Trizin ha recibido de Su Santidad el Sakya Trichen, así como de muchos otros maestros eruditos y consumados, un océano de enseñanzas, empoderamientos, transmisiones e instrucciones esenciales sobre sutra y tantra. Tras años de rigurosos estudios filosóficos en el Sakya College en India, le fue otorgado el grado de kachupa. Y desde sus doce años, ha completado numerosos retiros de meditación, incluido el retiro de Hevajra. Con suma humildad, viaja extensamente para conceder enseñanzas y empoderamientos a petición de alumnos alrededor del mundo.



**“The Sakya Tradition” — Distribuyendo las
Preciosas Enseñanzas Sakya Completa y
Fielmente en Vuestras Lenguas Maternas.**

<https://sakyatradition.org>

2024©All Rights Reserved